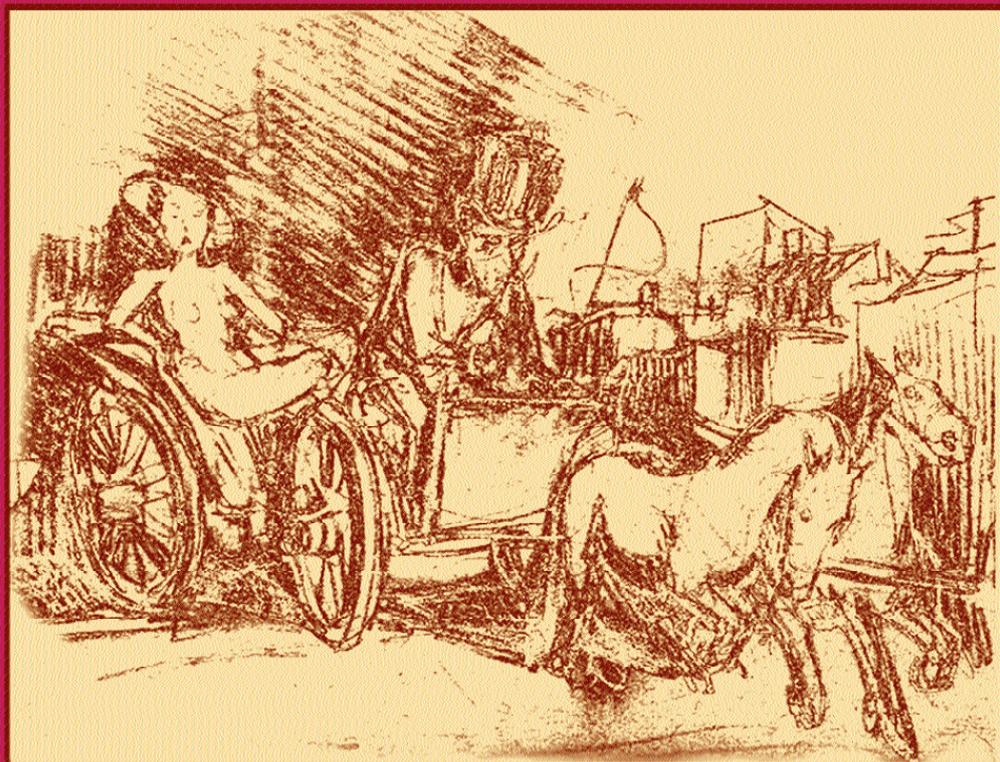


S Bruno Schulz

*La república
de los sueños*



MALDOROR



BRUNO SCHULZ

LA REPÚBLICA
DE LOS SUEÑOS

Traducción:

Jorge SEGOVIA y Violetta BECK

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada
por los editores, viola derechos de copyright.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original en lengua polaca:
Republika marzeń
Wydawnictwo ZNiO, Kraków 1998

Primera edición: 2005
© Maldoror ediciones
© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

Depósito legal: VG-1033-2005
ISBN: 84-934130-3-8

Maldoror ediciones, 2005
maldoror_ediciones@hotmail.com

**LA REPÚBLICA
DE LOS SUEÑOS**

La república de los sueños

Durante estos días tumultuosos, fulgurantes y agitados —mientras deambulo por Varsovia—, mi pensamiento me lleva a la tierra de mis sueños, sobrevuelo con la mirada el país lejano, vasto y ondulado, manto de Dios, capa de color arrojada ante el umbral del cielo. Este país se abandona por entero al cielo, al que sostiene sobre él: bóveda adornada de galerías, triforios, rosetones y ventanas que dan a la eternidad. Cada año se incrusta un poco más en el cielo, asciende hacia la aurora y, transformado por los reflejos de la alta atmósfera, deviene completamente arcangélico.

Ahí donde el mapa es ya muy meridional, agreste y soleado —pera madura quemada por los veranos—, ahí es donde esta tierra elegida, esta marca extraña, esta región única en el mundo se tiende como un gato al sol. ¡En vano le hablaremos de ella a los no iniciados! Explicaremos en vano que esta larga cinta de tierra que se estira bajo un cielo tórrido, este istmo meridional, brazo solitario tendido entre los viñedos magiares, esta provincia perdida, se separa del conjunto del país y se va completamente sola por caminos que nadie ha frecuentado, intentando ser un mundo en sí misma. La ciudad y la región se han encerrado en un microcosmos independiente, se instalaron a su cuenta y riesgo al borde de la eternidad.

Los jardines de los arrabales están en el fin del mundo, observan a través de las empalizadas la llanura infinita y anónima. En efecto, más allá de los límites de la ciudad, el mapa de la región se hace anónimo y cósmico como la tierra de Canaán.

Sobre este rimero de tierra, el cielo se había abierto una vez más, un cielo más vasto y profundo que en ninguna otra parte, inmenso como una cúpula, ensimismado cielo cubierto de improvisaciones y frescos inacabados, de colgaduras flameantes e insólitas ascensiones.

¿Cómo expresar esto? Mientras que las otras ciudades se desarrollaron en el sentido económico del término, crecieron en cifras de estadística, en número, la nuestra descendió hacia lo esencial. Nada de lo que aquí acontece es gratuito, nada ocurre que no tenga un sentido grave, que no sea premeditado. Aquí, los acontecimientos no son fantasmas efímeros, tienen raíces profundas, llegan a la esencialidad. Aquí, las cosas se deciden ejemplarmente y hasta el fin de los siglos. Aquí, todo se decide una sola vez, irrevocablemente. Así, pues, no es de extrañar que las cosas que aquí ocurren estén impregnadas con un halo de tristeza y austeridad.

En este momento, por ejemplo, los patios son invadidos por las ortigas y las malas hierbas; las barracas y chozas informes, cubiertas de musgo, se hunden entre las enormes bardanas que llegan hasta las techumbres de ripias. La ciudad está invadida por las malas hierbas, por una vegetación salvaje y fantástica que hace brotar por todas partes su miserable arborescencia, parásita y venenosa. Encendida por el sol, berme llonea, las hojas exhalan ardiente clorofila, ejércitos de ortigas devoran los cultivos de flores, penetran en los jardines, cubren en el espacio de una noche las paredes traseras de las casas y graneros, se extienden por las cunetas a lo largo de los caminos. Extraña, tanta vitalidad demente y vana en esta parcela de sustancia verde, surgida del sol y del agua subterránea. Un átomo de clorofila da nacimiento a un tejido exuberante, verde carnosidad que engendra millones de láminas de velinas hojas, translúcidas y veteadas, de un olor acre y asilvestrado.

La ventana que daba al patio —velada por la nube verde de la

monstruosa abundancia—, aparecía cegada y se cubría de glaucas reverberaciones, de frondosos destellos, de un susurro como de papel arrugado. Sumido en la penumbra, el interior reverbera con todos los matices del verde, y verdinosos son, también, los fulgores que se extienden en oleadas pasajeras sobre el techo, como en el bosque cuando pasa el viento.

Amodorrada por el calor y un sol de justicia, la ciudad se hunde en esa profusión, duerme cercada por innumerables hilos de telaraña, sofocada y vacía. En las estancias submarinas y opacas, mueren como en el fondo de una vieja botella tribus de moscas, encerradas para siempre, apresadas en una dolorosa agonía que se prolonga al ritmo de lamentaciones monótonas, de irritados y lastimeros bordoneos. Poco a poco los cristales atraen para un último encuentro a toda esa fauna de encaje diseminado: enormes mosquitos de largas patas, que durante mucho tiempo auscultaron las paredes en el transcurso de erráticos y silenciosos vuelos, antes de abatirse definitivamente, inmóviles y muertos, contra los cuadrados de las ventanas; todo un árbol genealógico de moscas e insectos, que se ramifica en lentos desplazamientos, innumerables generaciones de aladas criaturas: unas azulosas y metálicas, otras de cristal.

Un cálido soplo agita los grandes toldos —claros, a rayas, ardientes y traslumbrantes— que cuelgan sobre las fachadas de las tiendas. La estación muerta reina en las plazas vacías, en las calles barridas por el viento. Lejanos paisajes se extienden inmóviles bajo el resplandor del cielo como si acabasen de caer de los desiertos celestes —tal un insólito paño de colores abigarrados y deshilachado por el viento— y, ya descoloridos, esperasen una nueva carga de luz para regenerarse.

¿Qué hacer a lo largo de estos días, dónde escapar al calor, al sueño agitado, a la pesadilla que nos oprime el corazón a la hora del mediodía? En ocasiones, mi madre alquilaba un

carruaje, y, apiñados en su negra carcasa —los dependientes en el pescante del cochero, entre los fardos o bien en los estribos—, abandonábamos la ciudad para enfilear la ruta de “montaña”. Entrábamos en un paisaje sinuoso. La solitaria calesa ascendía con lentitud entre los ondulados campos dejando la marca de su rodada en el polvo cálido y dorado del camino.

La grupa de los caballos —curvada en arco— se tensaba, las lustras ancas se balanceaban laboriosamente bajo los amortiguados golpes de las colas. Las ruedas giraban blandamente sobre los ejes quejumbrosos. La calesa se desplazaba a lo largo de pastos llanos cubiertos de topineras entre las que yacían, aquí y allá, vacas cornudas, y otras —grandes y deformes sacos— mostrando las protuberancias de sus huesos y nudos. Descansaban semejantes a túmulos monumentales y en su apacible mirada bogaban lejanos horizontes.

Nos detuvimos finalmente en la cumbre de la “montaña”, delante del vasto albergue de piedra. Se levantaba aislado sobre la divisoria hidrográfica, en la alta frontera entre dos vertientes; su tejado en voladizo se recortaba contra el fondo del cielo. Los caballos, habiendo alcanzado penosamente la cima, se detenían como ante una barrera que separase dos mundos. Más allá se abría un extenso paisaje, surcado de caminos, descolorido e irisado, pálido tapiz bajo un aire inmenso, azuloso y vacío. Un soplo proveniente de esa gran llanura sinuosa agitaba las crines de los caballos y después volaba hacia el cielo alto y puro.

Nos quedábamos allí a pasar la noche o bien, a una indicación de mi padre, bajábamos a esa tierra desplegada como un mapa. A lo largo de los sinuosos caminos avanzaban, apenas visibles, los carruajes que nos habían adelantado. El paraje, arbolado de cerezos, conducía a un balneario, todavía pequeño en la época, oculto en un estrecho valle boscoso, pleno del borboteo de las fuentes y de susurro de hojas.

En esa época remota, habíamos concebido con mis compañeros la idea imposible y absurda de ir más allá del balneario, hasta esa tierra que no pertenecía a nadie salvo a Dios, límite discutido y neutro donde acababan los confines de los Estados, y donde la rosa de los vientos, enloquecida, giraba bajo la bóveda celeste. Ahí, liberados de los mayores, íbamos a establecer nuestra plaza fuerte, a proclamar una república de los jóvenes. Ahí, íbamos a promulgar leyes nuevas, una nueva jerarquía de criterios y valores, llevar una vida emplazada bajo el signo de la poesía y la aventura, de deslumbramientos y asombros continuos. Creíamos que bastaría con apartar las barreras de las conveniencias, abandonar las viejas rutinas de los asuntos humanos, para que una fuerza elemental penetrase en nuestra existencia, una gran marea de imprevisto, una avalancha de aventuras románticas. Queríamos someter nuestra vida a un torrente de fabulaciones, dejarnos llevar por olas inspiradas de historias y acontecimientos. El espíritu de la naturaleza es en el fondo un gran relator. Él es la fuente de las fábulas, de las novelas y epopeyas. Había una cantidad de motivos novelescos en el aire. Bastaba con tender sus redes bajo el cielo cargado de fantasmas, hincar en el suelo un mástil que el viento hacía cantar, y pronto en torno a él comenzarían a aletear jirones de novelas cogidos en una trampa.

Habíamos decidido ser autosuficientes, crear un nuevo principio de vida, recomenzar el mundo —a pequeña escala, es verdad, para nosotros solos—, pero según nuestros gustos.

Debía ser una fortaleza, *blockhaus*¹ dominando la región, a la vez muralla, teatro y laboratorio de visiones. La naturaleza entera debía ser atraída a su órbita. Como en Shakespeare, el teatro se confundía con la naturaleza de la que nada le separaba, estaba enraizado en la realidad, sus elementos le daban impulsos e inspiraciones, su ritmo sería la bajamar y pleamar de los ciclos naturales. Aquí se encontraría el nudo gordiano de todos los procesos en curso en el gran organismo de la

naturaleza, aquí iban a unirse todos los motivos y fabulaciones de su gran alma brumosa. Queríamos, como Don Quijote, abrir nuestra vida a todas las intrigas, enredos y peripecias que se traman en ese espacio que tiene por ley lo fantástico.

Soñábamos con que el lugar fuese amenazado por un peligro impreciso, que respirase un terror misterioso. En nuestra fortaleza encontraríamos un abrigo seguro. Entonces, nos imaginábamos que camadas de lobos recorrían la tierra y los bandidos infestaban los bosques. Nosotros nos preparábamos para el asedio, con el corazón oprimido por una agradable congoja, agitados por temblores deliciosos. El puente levadizo dejaba entrar a los fugitivos que escapaban al cuchillo de los bandidos. Encontraban entre nosotros refugio y seguridad. Carruajes amenazados por pavorosos animales llegaban al galope, ofrecíamos hospitalidad a nobles y misteriosos desconocidos. Nos perdíamos en conjeturas intentando descubrir su incógnito. A la caída de la noche, todos se reunían en una gran sala, a la luz incierta de las velas, y escuchábamos sus historias y confidencias. Llegaba un momento en que la intriga de esos relatos escapaba al plan de la narración, se mezclaba a nosotros, viva, ávida de víctimas, atrapándonos en su peligroso torbellino. Encuentros inverosímiles, bruscas revelaciones, hacían irrupción en nuestra vida privada. Perdíamos pie, amenazados por las peripecias que nosotros mismos habíamos desencadenado. Los lobos aullaban a lo lejos, deliberábamos sobre situaciones románticas, casi arrastrados por la avalancha, mientras que fuera susurraba la noche inagotable y enmarañada, colmada de inconfesables deseos.

No sin razón esos sueños de antaño regresan ahora. Ningún sueño, por muy absurdo que sea, se pierde en el universo. Hay en él un hambre de realidad, una aspiración que compromete la realidad y la transforma en un postulado, en una deuda que ha de ser reconocida y pagada. Hace mucho tiempo que noso-

tros hemos abandonado esos sueños de la fortaleza; mas ahora, después de tantos años, encontramos a alguien que regresa a ellos, nos encontramos con alguien que los retoma, un hombre de alma candorosa y fiel que los siguió al pie de la letra. Yo lo ví, hablé con él. Tenía los ojos increíblemente azules, ojos que no estaban hechos para ver, sino para agotarse en el sueño. Me contó que al llegar a estas latitudes, a este país anónimo que no pertenecía a nadie, había sentido de pronto el olor de la aventura y de la poesía, había visto en el cielo el contorno, el fantasma del mito, flotando sobre el país. Como Noé al recibir las órdenes, él había oído la llamada, la voz interior.

Visitado por el espíritu que estaba en el aire, proclamó la república de los sueños, territorio soberano de la poesía. Sobre tantas y tantas hectáreas de paisaje arrojado entre los bosques, proclamó el reino exclusivo de la fantasía. Trazó las fronteras, asentó los fundamentos de la fortaleza, transformó aquella marca en una gran rosaeda. Estancias para huéspedes, celdas de meditación solitaria, refectorios, dormitorios, bibliotecas, pabellones aislados en un parque, cenadores y *belvederes*²...

Aquel que, huyendo de lobos y bandidos, alcanza las puertas de esta ciudadela está salvado. Es acogido en triunfo, despojado de las polvorientas ropas. Con un sentimiento de bienaventuranza, penetra en el soplo elisio, en la suavidad del aire perfumado de rosas. Rechazando la concha de su cuerpo y la grotesca máscara adherida a su rostro, entra en el reino de las nuevas leyes: es transformado y liberado.

El hombre de los ojos azules no es un arquitecto, sino más bien un director de escena, un realizador de paisajes y decorados cósmicos. Su arte consiste en coger al vuelo las intenciones de la naturaleza, leer en sus aspiraciones secretas. La naturaleza está llena de una arquitectura virtual, de proyectos y construcciones. ¿Qué otra cosa hacían los grandes constructores de épocas pasadas? Escuchaban el *pathos* de las inmensas

plazas, de la perspectiva dinámica de los espacios, de la pantomima silenciosa de las simétricas alamedas. Mucho antes que Versalles, las nubes de la tarde se ordenaban en el cielo, formando residencias aéreas, orgullosos Escoriales, intentando órdenes universales y magníficos. El gran *teatrum* de la atmósfera es inagotable y de ahí resulta una inmensa arquitectura alucinatoria inspirada en las nubes.

Una vez terminadas, las obras del hombre se cierran sobre sí mismas, se cortan de la naturaleza, se estabilizan según su propio principio. La obra del hombre de los ojos azules conserva sus vínculos cósmicos: centauro semi humanizado, los conserva y permanece siempre inacabada, siempre desarrollándose, unida a los grandes ciclos de la naturaleza. El hombre de los ojos azules invita a todos a seguir construyendo, creando. ¿No somos todos soñadores, constructores, hermanos bajo el símbolo del palastro?

1. *blockhaus* (del alemán): construcción fortificada o refugio antiaéreo.

2. *belvederes* (del italiano): aquí, pabellón de un jardín, desde donde se contemplan hermosas vistas.

El cometa

El final del invierno aparecía ese año bajo auspicios astronómicos muy favorables. Las predicciones del calendario florecían con un color amaranto en la nieve, al borde de la mañana. El fulgor carmesí de los domingos y fiestas extendía su reflejo hasta la mitad de las semanas, y esos pocos días ardían vanos en el frío, haciendo latir más rápido los corazones engañados un instante, deslumbrados por aquel color de anunciación que no anunciaba nada, no siendo más que una alerta prematura, una broma pintada en bermellón sobre la carátula de la semana. A partir de la Epifanía, permanecíamos cada noche ante la mesa de ceremonial blanca donde brillaban las palmatorias y la vajilla de plata, haciendo interminables solitarios. De hora en hora, la noche detrás de la ventana se hacía más clara, toda escarchada y brillante, cargada de almendras y azúcares. La luna –infatigable transformista– sumida en sus mutaciones lunares, celebraba una tras otra sus fases, cada vez más veladas, mostraba las figuras del faraón, doblaba los palos de la baraja. A menudo, incluso de día estaba preparada –amarillecido palor y sin brillo–, sota melancólica esperando su turno. Sin embargo, velinas formas se deslizaban sobre su perfil solitario, jirones silenciosos y blancos la cubrían apenas de escamas con reflejos nacarados que aparecían en el abigarrado cielo al final del mediodía. Después llegaron las hojas de los días en blanco. El viento sobrevolaba los tejados, ululante, soplando en el fondo de las frías chimeneas, levantando sobre la ciudad

andamiajes imaginarios y demoliéndolos con crujidos de vigas y cabrios. En ocasiones se declaraba un incendio en un suburbio alejado. Los deshollinadores recorrían la ciudad a la altura de las veletas, bajo un cielo cárdeno y desgarrado. Aferrados a los pararrayos y las veletas, soñaban durante su periplo que el viento les abría los tragaluces sobre las alcobas de las muchachas, para volver a abatirlos al punto con estrépito, cerrando el gran libro de la ciudad: asombrosa lectura para muchos días y noches. Más tarde, los vientos agotados dejaron de soplar. En el escaparate de la tienda, los dependientes extendieron tejidos de primavera y los colores pronto suavizaron la atmósfera, que adquirió un tinte lavanda y se irisó con el palor de la reseda. La nieve empequeñeció, se plegó como tierno vilano, se infiltró –sin fundirse– en el aire, aspirada por soplos de azul de cobalto, por un cielo vasto y cóncavo, sin sol ni nubes. Aquí y allá, las adelfas florecían en las casas, se abrían las ventanas, y el simple piar de los gorriones llenaba las estancias sumidas en el embotado sueño de un día azuloso. Sobre las plazas barridas, los pardillos, herrerillos y pinzones se juntaban –en un abrir y cerrar de ojos– en el curso de violentos encuentros, entre penetrantes gorjeos, después se dispersaban por todas partes, expulsados por una brisa, borrados, aniquilados en el azul vacío. Entonces quedaban bajo los párpados, durante algunos instantes, puntos de todos los colores –puñado de confeti arrojado al azar en el espacio transparente–, que se perdían después en el fondo azul del ojo.

Había comenzado una primavera anticipada. Los escribanos de notario lucían hirsutos bigotes en espiral, altos cuellos postizos, y representaban el último grito de la elegancia. En los días que la ciudad era asolada por el vendaval –y cuando el viento la atravesaba ululando de parte a parte– ellos, como apoyando sus espaldas contra el viento que levantaba los faldones de sus gabanes, saludaban desde lejos con sus relucientes

sombreros hongos a las damas que conocían, y —lentos de tacto y discreción— apartaban la mirada a fin de no exponer a sus ídolos a la maledicencia. Las damas, atrapadas en el torbellino de sus ondeantes vestidos, perdían pie un instante, soltaban pequeños gritos, mas una vez recuperado el equilibrio respondían al saludo con una sonrisa. A veces, después del mediodía, el viento cesaba. Adela limpiaba en el balcón grandes cacerolas de cobre que sonaban entre sus manos con un ruido metálico y rechinante. El cielo —bifurcado en caminos azules— se inmovilizaba sobre las techumbres de ripias. Los dependientes de la tienda, enviados con algún encargo, se demoraban cerca de Adela ante el umbral de la cocina, apoyados contra la balastrada del balcón, embriagados de viento y con la cabeza llena del barullo y el penetrante gorjeo de los gorriones. La brisa traía de lejos la melodía perdida de un organillo. No podían oírse las palabras dichas en voz baja, con una fingida indolencia, destinadas en realidad a escandalizar a Adela. Ésta, herida en carne viva, furiosa, reaccionaba violentamente y respondía con una sarta de injurias, mientras que su rostro empañado por los sueños de primavera enrojecía de ira y placer. Los dependientes bajaban los ojos con un aire de vil devoción, de satisfacción innoble, contentos por haber conseguido hacerle perder su calma.

Los días, las tardes se escapaban; los acontecimientos cotidianos se sucedían en la confusión de la ciudad vista desde nuestro balcón —un laberinto de casas y tejados—, en la opaca luz de esas semanas grises. Los afiladores recorrían las calles ofreciendo —a voz en grito— sus servicios, y, en ocasiones, un clamoroso estornudo de Szloma ponía un contrapunto en el tumulto difuso de la ciudad. En una plaza distante, la loca Tłuja, exasperada por la burla a que la sometían los arrapiezos, se ponía a bailar su endiablada zarabanda, levantando sus faldas, para gran alegría de los mirones. El soplo del viento ahogaba esos estallidos, los diluía en un guirigay monótono,

lo extendía, uniforme, sobre aquel mar de techumbres de ripias, en el aire lácteo y ahumado del atardecer. Apoyada contra la balaustrada del balcón, inclinada sobre aquel mar lejano y agitado, Adela, con una sonrisa en los labios, sacaba a flote los acentos más fuertes, juntaba las sílabas perdidas e intentaba descifrar el sentido del flujo y reflujos de esa gran marea.

La época aparecía bajo el signo de la mecánica y la electricidad, un sinfín de descubrimientos debidos al genio humano se había propagado a través del mundo. En las casas burguesas hicieron su aparición cajas de cigarros provistas de un mechero eléctrico. Girando un pequeño conmutador, las chispas encendían una mecha empapada en gasolina. Aquello despertaba esperanzas extraordinarias. Una caja de música —con forma de pagoda china— a la que se daba cuerda con ayuda de una llave se ponía a girar como un tiovivo, tocando un rondó miniatura. Las campanillas tintineaban, pequeñas portezulas se abrían de par en par, dejando ver el mecanismo en movimiento. En todas las casas se instalaron timbres eléctricos: el galvanismo se convirtió en el rey de la vida familiar. Una bobina de hilo aislante era el símbolo de esos tiempos. En los salones, jóvenes dandis hacían la demostración del invento de Galvani, recompensados por las radiantes miradas de las damas. Un cuerpo conductor abría el camino hacia el corazón de las mujeres. Después de un experimento logrado, los héroes del día enviaban besos y saludaban en medio de los aplausos.

Pronto, también, comenzaron a proliferar en la ciudad los velocípedos, de distintos tamaños y formas. Se imponía la apreciación filosófica del mundo. Si se admitía el ideal del progreso no quedaba más que sacar las consecuencias y montar un velocípedo. Los primeros, por supuesto, fueron los escribanos de notario, esa vanguardia siempre al acecho de nuevas ideas, con los bigotes enhiestos en espiral y los som-

breros hongos de todos los colores, esperanza y flor de nuestra juventud. Apartando a la vocinglera plebe, se abrían paso entre la muchedumbre sobre grandes bicicletas o triciclos, cuyos metálicos radios de acero sonaban musicalmente. Con las manos sobre el manillar, inclinados en el alto asiento, maniobraban el enorme círculo de la rueda que se abría un camino sinuoso entre el feliz gentío. La locura del apostolado alcanzó a algunos de ellos. Alzados sobre sus sonoros pedales como sobre unos estribos, discursaban al pueblo, profetizando una era nueva y feliz: a la Salvación por el velocípedo... Después continuaban su camino saludando a la redonda, aplaudidos por el público.

Había sin embargo algo lamentable en esas soberbias y triunfales maniobras, un doloroso rechinamiento que los hacía, en la cima del triunfo, bascular y caer en su propia parodia. Así debían sentirlo ellos mismos, arañas agarradas al centro del mecanismo filiforme, con las piernas separadas: enormes ranas saltarinas entre las ruedas en movimiento, efectuando desmañados alardes. Estaban a un paso del ridículo y franqueaban ese paso con desesperanza en el corazón, inclinados sobre el manillar, redoblando la velocidad, nudo agitados de torsiones violentas, que –inevitablemente– iba a su pérdida. Nada extraño hay en eso. Con la fuerza de una broma prohibida, el hombre entraba aquí en el dominio de las facilidades inauditas adquiridas a precio vil, casi gratuitamente, y esa desproporción entre su contribución y el efecto obtenido, esa manera evidente de engañar a la naturaleza, ese precio exageradamente bajo pagado por un truco genial, sólo podía encontrar su contrapeso en una autoparodia. Rodaban en medio de los estallidos de risa, penosos vencedores, mártires de su genio: tal era la fuerza cómica de esos prodigios de la técnica.

Cuando mi hermano trajo por primera vez un electroimán de la escuela y al tocarlo sentimos –emocionados– la vibración misteriosa de una vida encerrada en el circuito eléctrico, mi

padre sonrió con aire de superioridad. En su mente maduraba una vasta idea, la cadena de sospechas que alimentaba desde hacía largo tiempo se cerraba. ¿Por qué mi padre se sonreía cuando estaba a solas, por qué elevaba al cielo sus ojos lacrimosos con un gesto de falsa devoción? ¿Quién podría adivinarlo? Más allá de los asombrosos síntomas de esa fuerza misteriosa, ¿acaso presentía una vulgar intriga, una burda maquiación? A partir de ese momento mi padre se entregó a los experimentos de laboratorio.

Su laboratorio era muy sencillo: unos metros de alambre enrollado en bobinas, algunos tarros conteniendo ácido, un poco de zinc, plomo y carbón, tal era el utillaje de aquel verdadero adepto del esoterismo. “La materia— decía, bajando púdicamente los ojos y resoplando suavemente—, la materia, mis queridos amigos...” No terminaba su frase, dejándonos adivinar que estaba sobre la pista de un gran engaño, en el que todos habíamos caído sin remedio. Con los ojos semicerrados, mi padre se reía socarronamente en voz baja, se burlaba de ese fetiche secular. “*¡Panta rei!*” exclamaba, mientras que sus manos imitaban la circulación eterna de la materia. Desde hace mucho tiempo deseaba movilizar las fuerzas ocultas que circulaban en ella, hacer fluida su rigidez, abrirle paso a la penetración, a la transfusión universal, la única que correspondía a su naturaleza. “*Principium individuationis*, esa broma”, decía, expresando así su desprecio sin límites por ese principio primordial de los humanos. Decía eso al pasar, corriendo a lo largo de un hilo de alambre, rozándolo para verificar las imperceptibles diferencias de potencial. Hacía muescas en él, se inclinaba para escuchar, y ya estaba a diez pasos de allí y volvía a repetir los mismos gestos sobre otra parte del circuito. Parecía tener diez manos y veinte sentidos. Su atención se concentraba en cien sitios a la vez. Ningún punto del espacio estaba a salvo de sus sospechas. Se inclinaba para picar el alambre, se giraba de improviso, apuntando

detrás de su espalda a otro segmento de la instalación y fallaba, avergonzándose. “Perdón –le decía al asombrado espectador que observaba sus maniobras– necesito ese trozo de espacio que usted ocupa, ¿quiere apartarse un poco?” Después efectuaba sus relampagueantes medidas, ágil como un canario, hábil y saltarín.

Los metales sumergidos en soluciones ácidas, herrumbrándose en un baño doloroso, comenzaban a devenir conductores. Despertados de su entumecimiento, tarareaban un aire monótono, sus partículas brillaban en el crepúsculo perpetuo de esos días cubiertos de luto. Descargas invisibles convergían hacia los polos, para franquearlos y caer en la vibrante oscuridad. Corrientes ciegas hormigueaban, recorrían el espacio polarizado a lo largo de las fuerzas concéntricas, de las espirales del campo magnético. Aquí y allá, los adormecidos aparatos emitían señales, se respondían con retraso, a destiempo, con sílabas desesperadas –punto, raya– en los intervalos de su mudo letargo. Mi padre permanecía allí, en medio de esas corrientes erráticas, con una sonrisa dolorosa en los labios, conmovido por aquella articulación tartamudeante, por esa desgracia sin salida, encerrada de una vez para siempre y que enviaba señales, chispas de sílabas lisiadas desde su cautiva profundidad.

Al final de sus investigaciones, mi padre llegó a resultados sorprendentes. Había demostrado, por ejemplo, que el timbre eléctrico basado en el principio de Neef era una pura mistificación. No era el hombre quien hacía irrupción en el laboratorio de la naturaleza, sino ella quien lo arrastraba en sus maquinaciones, alcanzando sus propios fines misteriosos a través de los experimentos del hombre. Durante la comida, mi padre tocaba con la uña de su pulgar el mango de la cuchara empapada en la sopa y entonces el timbre de Neef se ponía a chisporrotear en la lámpara. Toda la instalación era un pretexto, no tenía nada que ver con lo esencial; el timbre de

Neef era el punto convergente de ciertos impulsos de la materia que buscaban liberarse a través de la inteligencia del hombre. La naturaleza quería y provocaba: el hombre era una aguja oscilante, una lanzadera que iba de aquí para allá siguiendo el deseo de esa naturaleza. Sólo era un elemento del martillo de Neef.

Alguien pronunció la palabra “mesmerismo” y mi padre la cogió al vuelo. El círculo de sus teorías se cerraba, encontraba su último eslabón. Según esa teoría, el hombre era como una estación de correspondencia, un nudo efímero de las corrientes magnéticas que circulan en el seno de la materia eterna. Todos los descubrimientos de los que se vanagloriaba eran trampas a las que la naturaleza le había arrastrado, emboscadas de lo desconocido. Los experimentos de mi padre adquirían progresivamente un carácter de magia, de prestidigitación, un matiz de malabarismo paródico. No hablaré de sus numerosos experimentos con las palomas, que descomponía en dos, tres, diez, con su varita, para devolverlas un poco después a su instrumento, no sin esfuerzo, por lo demás. Levantaba su sombrero, y entonces, los pájaros salían volando uno a uno batiendo las alas, y cubrían la mesa de temblores y zureos. En ocasiones, mi padre se detenía súbitamente, se quedaba indeciso, con los ojos semicerrados, y al cabo de un momento se desplazaba raudo por el corredor e introducía su cabeza en el conducto de aeración de la chimenea. El hollín apagaba los ruidos, aquel antro era oscuro y suave como el corazón de la nada, tibias corrientes circulaban arriba y abajo, y al revés. Mi padre cerraba los ojos y durante algunos minutos se quedaba inmóvil en medio de aquella tibieza, de aquella nada. Todos presentíamos que tal incidente no formaba parte del asunto; así, pues, acabamos cerrando los ojos ante ese hecho marginal que pertenecía a un orden de cosas diferente. Mi padre tenía en su repertorio pases verdaderamente deprimentes, hechos para inspirar una real melancolía. En el

comedor había sillas de altos respaldos, bellamente labrados con guirnalda de hojas y flores de un estilo realista; un papiro-rotazo de mi padre era suficiente para que adquiriesen una fisonomía maliciosa, y comenzasen a hacer guiños con aire de complicidad; eso resultaba muy molesto, casi insoportable, hasta el momento en que sus ojeadas tomaban una dirección precisa, una evidencia indiscutible, entonces uno u otro de los comensales exclamaba: “¡Dios mío, pero si es la tía Wandzia!” Las damas se ponían a chillar destempladamente, pues aquello recordaba a la tía Wandzia hasta el punto de confundirse; pero no, era ella misma la que estaba allí, soltando su interminable monólogo e impidiendo meter baza a quienquiera que fuese. Los prodigios de mi padre se aniquilaban por sí mismos, porque no era un fantasma a quien hacía surgir, sino a la tía Wandzia real, vulgar y cotidiana, y que hacía impensable la idea misma de un milagro.

Antes de pasar a los otros acontecimientos de ese memorable invierno hay que mencionar un incidente que, por lo general, siempre fue vergonzosamente escamoteado en nuestra crónica familiar. ¿Qué ocurrió con el tío Edward? Llegó a nuestra casa sin presentir nada, respirando salud y energía; había dejado en provincias a su mujer y su pequeña hija, que esperaban impacientemente su regreso. Había llegado feliz, para divertirse, para distraerse lejos de su familia. ¿Y qué ocurrió? Los experimentos de mi padre le causaron una fulminante impresión. Desde los primeros pases, se levantó, se despojó de su abrigo y se puso a la entera disposición de mi padre. ¡Sin reservas! Esa frase la subrayó con una mirada decidida y un fuerte apretón de manos. Mi padre comprendió. Se aseguró de que el tío carecía de los tradicionales prejuicios relativos al *principium individuationis*. No tenía, ninguno. El tío era un espíritu liberal y sin prejuicios. Su única pasión era servir a la ciencia.

Al principio, mi padre le dejó una cierta independencia.

Preparaba el experimento esencial. El tío Edward aprovechaba para visitar la ciudad. Se compró un velocípedo de imponentes dimensiones e, inclinado sobre su enorme rueda, recorría la plaza vieja; desde esa altura podía mirar por las ventanas del primer piso. Al pasar por delante de nuestra casa, saludaba cortésmente con un movimiento de su sombrero a las damas en la ventana. Tenía un bigote enhiesto, en espiral, y una perilla puntiaguda. Pronto se convenció de que el velocípedo no podía introducirle en los secretos profundos de la mecánica, que aquel aparato genial no estaba en condiciones de ofrecerle temblores metafísicos duraderos. Fue entonces cuando comenzaron los experimentos donde la falta de prevenciones de mi tío en cuanto al *principium individuationis* se demostró indispensable. El tío Edward no veía ningún impedimento en dejarse reducir físicamente, por bien de la ciencia, al escueto principio del martillo de Neef. Aceptó sin pesar una reducción progresiva de todas sus facultades, a fin de sacar a la luz su ser profundo, idéntico —algo de lo que estaba convencido desde hacía mucho tiempo— a ese mismo principio.

Una vez encerrado con el tío Edward en su despacho, mi padre dio comienzo a la descomposición del ser complicado de su primo por la vía de un psicoanálisis agotador, dividido en muchos días y noches. La mesa del despacho estaba cubierta por los complejos desmontados de su ser. Al principio, aunque ya muy reducido, el tío participaba todavía en nuestras comidas, se esforzaba por tomar parte en nuestras conversaciones, y aún hizo uno o dos recorridos en velocípedo. Más tarde, comenzó a sentirse cada vez menos completo, y lo abandonó todo. Una cierta vergüenza, característica del estado en que se encontraba, hizo su aparición. Evitaba a las personas. Al mismo tiempo, mi padre estaba cada vez más cerca de su objetivo final. Había reducido al tío a lo mínimo, separando uno tras otro todos los elementos no esenciales. Lo colocó en un nicho alto del hueco de la escalera y organizó

sus componentes según el principio de la pila de Leclanché. En ese lugar, el moho extendía sobre la pared su rastro blanquecino. Mi padre se aprovechaba sin vergüenza de todo el capital de entusiasmo del tío Edward a quien estiró a lo largo del pasillo y del ala izquierda de la casa. Avanzando una escalera cerca de la pared, clavaba pequeñas armellas que trazaban el recorrido de la vida actual del tío. Las tardes ahumadas, amarillecidas, eran casi totalmente oscuras. Mi padre se servía de una vela encendida con la que iluminaba de muy cerca la carcomida pared, centímetro a centímetro. Se contaba que el tío Edward, hasta entonces tan heroico, tan dueño de sí mismo, dio repentinamente muestras de una cierta impaciencia. Incluso se decía que un estallido violento —aunque tardío— se había producido, y que a punto estuvo de destruir la obra casi acabada. Pero la instalación ya estaba dispuesta y el tío Edward —durante toda su vida esposo, padre y hombre de negocios ejemplar— acabó por someterse —también en este último papel que le quedaba por desarrollar— a la necesidad superior de la naturaleza.

Funcionaba admirablemente. Nunca se negó a obedecer. Lejos de las complicaciones en las que antaño se había emboscado y perdido, había encontrado al fin la pureza de un principio único y lineal, al que en lo sucesivo iba a permanecer fiel. A costa de la diversidad que tan mal llevaba, adquirió una inmortalidad simple e indiscutible. ¿Era feliz? Vana pregunta. Ésta tiene un sentido cuando se trata de seres que disponen de alternativas, cuando la realidad actual puede ser enfrentada a las posibilidades reales. El tío Edward ignoraba las alternativas, la dicotomía feliz-desdichado no existía para él, porque él era hasta el último extremo idéntico a sí mismo. No podíamos dejar de sentir una cierta admiración al verlo funcionar con tanta exactitud. Su misma esposa —la tía Teresa—, que llegó tras las huellas de su marido, no podía reprimir su deseo de apretar a cada instante el botón para oír

aquel timbre atronador y escandaloso en el que ella reconocía su voz de antaño cuando estaba irritado. En cuanto a su hija —la pequeña Edzia—, podemos decir que la carrera de su padre le maravillaba. Ciertamente, más tarde ella quiso tomarse una especie de revancha contra mí, vengarse por el acto cometido por mi padre, pero esa es otra historia.

II

Transcurrían los días; las tardes se hacían cada vez más largas. No sabíamos qué hacer. Ese exceso de tiempo, aún desabrido, neutro e inútil, se sumaba a las noches de crepúsculos vacíos. Después de lavar la vajilla y arreglar la cocina, Adela se iba al balcón y, sumida en una cierta modorra, contemplaba el pálido amaranto del cielo de la tarde. Sus bellos ojos, tan expresivos en otros momentos, se abrían desmesuradamente en esa ensoñación, grandes, globulosos y brillantes. Su semblante, cetrino y melancólico hacia el final del invierno a causa de los humos de la cocina, rejuvenecía bajo la influencia de la gravitación primaveral de la luna creciendo de una fase a la otra: adquiría reflejos lácteos, matices opalinos, una luminosidad de esmalte. Ahora ella triunfaba sobre los dependientes, que se azoraban bajo su mirada sombría; lejos de su papel de habituales de clubs nocturnos y lugares de mala nota, turbados por su belleza nueva, buscaban otros modos de acercamiento, dispuestos a todas las concesiones, a reconocer los hechos consumados.

Contrariamente a lo que todos esperábamos, los experimentos de mi padre no llegaron a provocar ninguna revolución en la vida ordinaria. El injerto del mesmerismo en el cuerpo de la física moderna se reveló infructuoso. No quiero decir con eso que faltase el grano de la verdad en los descubrimientos de mi padre. Pero no es la verdad quien decide sobre el éxito de las ideas. Nuestra hambre metafísica es limitada, se sacia muy pronto. Mi padre estaba, justamente, a un paso de un nuevo y sensacional descubrimiento, cuando el desánimo y la

apatía comenzaron a ganarnos a todos, adeptos y partidarios. Los síntomas de impaciencia se multiplicaban, llegando incluso a convertirse en abiertas protestas. Nuestra naturaleza se rebelaba ante el debilitamiento de las leyes fundamentales, ya habíamos visto demasiados milagros, deseábamos un regreso a la buena vieja prosa, segura y robusta, del orden secular. Mi padre lo comprendió. Comprendió que había ido demasiado lejos y detuvo el vuelo de su espíritu. El círculo de sus adeptos elegantes y de sus fieles de bigote enhiesto en espiral se venía abajo, un poco más cada día. Queriendo retirarse salvando el honor, mi padre se disponía justamente a pronunciar su última digresión de clausura, cuando un nuevo acontecimiento desvió la atención general en una dirección inesperada.

Un día, al volver de la escuela, mi hermano trajo la noticia, inverosímil y sin embargo verdadera, del próximo fin del mundo. Se la hicimos repetir, creyendo haber oído mal. Pero no. Así fue formulada esa increíble, esa inconcebible noticia. Sí, tal como estaba, inacabado e imperfecto, a un paso del tiempo y el espacio fortuito, sin haber llegado a ninguna meta, en medio de una frase, sin punto ni signo de exclamación, sin juicio ni ira de Dios, en buenos términos si puede decirse, conforme a un acuerdo bilateral y a los principios admitidos por las dos partes, el mundo iba a saltar en pedazos, sencilla e irrevocablemente. No, lo que se acercaba no era el final escatológico y trágico anunciado desde hace mucho tiempo por los profetas, el último acto de la divina comedia. No, eso iba a ser más bien un fin de mundo acrobático–ciclístico, un pase de prestidigitación, un fabuloso ábrete Sésamo y propagandístico-experimental, entre los aplausos de todos los espíritus progresistas. Casi todos estaban convencidos. Hubo que acallar rápido la voz de los rebeldes aterrorizados. ¿Por qué no querían comprender que era una suerte inaudita, el fin de mundo más moderno, el más científico, el único digno de su tiempo, glorioso y haciendo honor a la más Alta Sabiduría? Nos dejába-

mos convencer con entusiasmo, dibujábamos *ad oculos* en las hojas arrancadas de las agendas, hacíamos demostraciones incontestables, nos ensañábamos con los opositores y los escépticos. En las revistas ilustradas aparecieron dibujos a toda página, imágenes de anticipación de la catástrofe con puestas en escena impresionantes. Veíamos ahí grandes ciudades sumidas en un pánico nocturno bajo un cielo adornado con señales y fenómenos luminosos. Comenzábamos a sentirnos bajo el influjo del bólido lejano de forma parabólica, dirigido contra el globo terrestre al que le acercaba a cada segundo su vuelo inmóvil. Como en una farsa de clowns, los sombreros volaban, los cabellos se erizaban en la cabeza, los paraguas se abrían solos y los mundos cráneos aparecían bajo las pelucas arrancadas; el cielo era negro y enorme, y brillaba con la alerta silenciosa de todas las estrellas.

Un aire de fiesta reinaba en nuestra ciudad. El entusiasmo y la pasión, la sensibilidad y la solemnidad impregnaban nuestros gestos y llenaban nuestros corazones de cósmicos suspiros. Un tumulto enfático, un éxtasis solidario hacían vibrar el globo durante noches enteras. Éstas se hicieron tenebrosas e inmensas. Enjambres de nebulosas aumentaban alrededor del planeta. Diversamente dispuestas en los negros espacios siderales, dejaban caer sobre la tierra el polvo de los meteoritos. Extraviados, apenas sentíamos el suelo bajo nuestros pies; desorientados, confundiendo las direcciones, permanecíamos suspendidos como los habitantes de los antípodas, de cabeza abajo, sobre el cénit al revés, deambulando a través del hormigueo de estrellas, paseando un dedo mojado en saliva a lo largo de los años luz, de una estrella a la otra. Avanzábamos por el cielo en orden disperso y confuso, ascendiendo las interminables escaleras de la noche, emigrados del globo abandonado devastando la multitud infinita de los astros. Las últimas barreras se habían abierto y los ciclistas entraron en la negrura de los espacios interestelares; alzados sobre sus

velocípedos volaban inmóviles en el vacío, hacia constelaciones más nuevas. Siguiendo así un trayecto sin salida, trazaban los caminos de la cosmografía insomne; en realidad estaban sumidos en un letargo planetario, negros como tizones, como si hubiesen metido la cabeza en la chimenea, término y fin último de todos sus ciegos vuelos.

Después de un día breve, desordenado, donde dormimos la mitad del tiempo, la noche se abría como una tierra hormigueante. La muchedumbre descendía a las calles, a las plazas, una masa de cabezas, como si se hubiesen abierto toneles de caviar que derramaran torrentes de minúsculos y brillantes perdigones, como ríos de alquitrán en la noche negra, bajo la algazara de las estrellas. Las escaleras se desplomaban bajo los pies de miles de hombres, en todas las ventanas aparecían pequeñas siluetas desesperadas: hombres—cerillas, tacos de madera articulados, que, sobrepasando los alféizares con un fervor lunático, acaban por formar cadenas de hormigas en movimiento, amontonamientos vivos y columnas, unos subidos a hombros de otros, fluyendo hacia las plazas iluminadas por las llamas que salían de los barriles de resina.

Perdonadme si al describir estas tumultuosas escenas caigo en la exageración, imitando —a mi pesar— ciertos grabados antiguos del gran libro de los cataclismos del género humano. Tienden a la misma representación arquetípica, y esta exageración grandiosa, este tono patético en extremo, indican que hemos hecho saltar el fondo del tonel secular de los recuerdos, del tonel del mito, que nos hemos introducido en la noche de antes del hombre, llena del balbuceo de los elementos, del gorgoteo de la anamnesia, y ya no podemos contener el diluvio. ¡Oh, noches hormigueantes, pobladas de estrellas como de abundantes peces y del fulgor de las escamas, oh, bancos de pequeñas bocas tragando a pequeños sorbos los arroyos y los aguaceros de estas noches negras! ¡Hacia qué trágicas y lamen-

tables redes avanzaban esas oscuras generaciones multiplicadas hasta el infinito?

¡Oh, cielo de estos días, iluminado por señales luminosas y meteoritos, asaetado por los cálculos de los astrónomos, reproducido en centenares de dibujos, señalado con cifras y símbolos algebraicos! El resplandor de esas noches arrojaba una luz cobaltada sobre nuestros rostros y nosotros caminábamos a través del firmamento donde explotaban lejanos soles, humanos errando por la vía láctea extendida en el cielo perdiéndose en un interminable laberinto, riadas de gente sobre las que destacaban los ciclistas en sus aparatos frágiles como telarañas. ¡Oh, arena estrellada de la noche, tatuada de espirales y círculos trazados por sus recorridos, oh, inspiradas cicloides trazadas a lo largo de las diagonales del firmamento, radios de acero diseminados, círculos de ruedas brillantes perdidos en la indiferencia! ¡Alcanzaban la luminosa línea de llegada desnudos y montados en la pura idea bicíclica! ¿No data de esa época la nueva constelación, la décimotercera, comprendida para siempre entre los signos del Zodíaco, resplandeciendo en el cielo de nuestras noches: el Ciclista?

A la caída de la noche, las casas se quedaban vacías y permanecían con las puertas abiertas de par en par, iluminadas por las lámparas de petróleo que humeaban abundantemente. Las ondosas cortinas impulsadas por la noche flameaban en el exterior de las ventanas abiertas: soplabla una gran corriente de aire que atravesaba las estancias como un timbre de alarma. Era el tío Edward quien sonaba. Sí, había perdido la paciencia y roto todas las ataduras, había pisoteado el imperativo categórico y abandonado los rigores de su alta moralidad: y sonaba como una alarma. A toda prisa, con ayuda de un largo palo trataron de interceptarlo, atajar la violencia de su estallido con unos trapos, pero incluso amordazado de esa manera crepitaba salvajemente, desfogado: todo le daba igual, se desangraba ante los ojos de todo el mundo, sin auxilio, presa de un fatal arrebató.

En ocasiones, alguien irrumpía en las estancias vacías donde esa alarma vibraba entre las altas llamas de las lámparas, avanzaba de puntillas, y, después, se quedaba inmóvil, dudando. Los silenciosos espejos lo atrapaban en su fondo transparente, se lo repartían entre ellos. El tío Edward sonaba furiosamente en la casa desierta e iluminada, y el intruso —desertor solitario de las estrellas—, inquieto, como si hubiese venido allí para llevar a cabo alguna maldad, retrocedía furtivamente hacia la salida, despedido por los vigilantes espejos que le dejaban pasar entre sus hileras, mientras que en su fondo múltiples y asustados sosias se dispersaban de puntillas, con un dedo sobre los labios.

Espacios infinitos salpicados de estrellas se abrían de nuevo sobre nuestras cabezas. Noche tras noche aparecía en el cielo aquel fatídico bólido, inclinado e inmóvil, suspendido en la cúspide de su parábola y apuntando hacia la tierra, devorando inutilmente incontables millas por segundo. Todas las miradas se dirigían hacia él —hacia su forma redondeada, más claro en su núcleo convexo— y, brillando con una luz metálica, efectuaba con matemática exactitud su *pensum* diario. Nos costaba creer que aquella pequeña luciérnaga que brillaba inocentemente en medio de las estrellas fuese el dedo resplandeciente de Baltasar trazando sobre el lienzo del cielo la pérdida de nuestro globo. Ay, cada niño sabía de memoria la fórmula por la que de una integral diferencial resultaba inevitablemente el fin del mundo. ¿Qué podía salvarnos?

Cuando la muchedumbre se dispersó en la noche, perdiéndose entre los destellos y fenómenos astrales, mi padre, sin decir nada a nadie, se quedó en la casa. Sólo él conocía la salida de aquella trampa, los entre bastidores de la cosmología —y sonreía para sus adentros. El tío Edward, amordazado con los trapos, sonaba la alarma desesperadamente; mi padre introdujo la cabeza en la boca de aeración de la chimenea. Allí reinaba un silencio espeso y negro donde no se veía nada; allí se res-

piraba un aire tibio, el hollín, la calma y el refugio. Mi padre se instaló confortablemente y cerró los ojos. El oscuro periscopio de la casa emergiendo del tejado sondeaba la noche y captaba un débil rayo astral que, refractado como por un prisma, hacía germinar la luz en el hogar, embrión de destello en la retorta oscura de la chimenea. Mi padre giró —con mucho cuidado— el botón del micrómetro y fue entonces cuando en su campo de visión se deslizó lentamente el fatídico cuerpo, tan claro como la luna, casi al alcance de la mano, en relieve: escultura cretácea brillando en el silencio negro del vacío interplanetario. Era un poco escrofuloso, estigmatizado por la viruela, hermano de la luna, sosias extraviado que volvía al globo natal después de un viaje de mil años. Mi padre hacía pasar muy cerca de su ojo —desmesuradamente abierto— aquella gran rueda de queso salpicada de agujeros, de pálido oro-pimente, violentamente iluminada, cubierta por una lepra de blanquecinas erupciones. Con la mano sobre el botón del micrómetro, mi padre lo escudriñaba con una mirada fría, observaba en su superficie el complicado dibujo de la enfermedad que lo roía interiormente, los sinuosos canales excavados por la carcoma. Mi padre se estremeció al darse cuenta de su error: no, no era una rueda de queso, era con toda evidencia un cerebro humano, un preparado anatómico del cerebro, que dejaba ver su estructura en toda su complejidad. Veía claramente el contorno de los hemisferios, las circunvoluciones de la materia gris. Concentrando un poco más su mirada, pudo leer incluso las letras apenas visibles de las inscripciones que lo recorrían en todos los sentidos. El cerebro parecía cloroformizado, profundamente dormido, como sonriendo beatíficamente en su sueño. Buscando el origen de aquella sonrisa, mi padre percibió a través del complejo dibujo de la superficie la esencia del fenómeno, y sonrió a su vez. ¡Qué no puede desvelarnos nuestra propia chimenea familiar, negra y aparentemente ignara! Bajo las circunvoluciones de la materia gris, bajo la fina gra-

nulación de las infiltraciones, mi padre vio en transparencia los contornos de un feto, en la característica posición de cabeza abajo, con sus pequeñas manos cerradas contra el rostro, soñando al revés su dulce sueño en la húmeda claridad del líquido amniótico. Lo dejó así. Se levantó aliviado y volvió a cerrar la boca de aeración.

Pues bien, eso es todo. ¿Cómo? ¿Qué fue entonces del fin del mundo, de ese apoteósico final, tras una obertura tan suntuosamente desarrollada? Una sonrisa, entornando los ojos. ¿Tal vez hubo un error de cálculo, una suma equivocada, un desliz en las cifras de nuevo copiadas? Nada de eso. El cálculo era exacto, no había ningún error en las columnas de cifras. ¿Qué había ocurrido entonces? Pues ocurrió... Que el bólido avanzaba decididamente a rienda suelta, como un caballo de raza, y la moda de la estación lo seguía. Durante algún tiempo se encontró a la cabeza de su época, confiriéndole su forma y su nombre. Más tarde los dos polos se encontraron, continuaron paralelamente un galope forzado, y nuestros corazones latían solidarios con ellos. Pero aún más tarde, la moda se adelantó, sobrepasó en una cabeza al bólido, y esa ínfima diferencia iba a decidir la suerte del cometa, a partir de entonces distanciado, condenado irrevocablemente. Ya nuestros corazones seguían la moda, dejando atrás al soberbio astro; lo veíamos, sin emoción, palidecer, disminuir, y finalmente detenerse en el horizonte, inclinado en el último giro de su parabólica trayectoria —de cobaltado claror y lejano—, para siempre inofensivo. Debilitado, eliminado de la carrera, ya no interesaba a nadie, su actualidad estaba agotada. Abandonado por todos, se marchitaba poco a poco en medio de la indiferencia general.

Así, pues, regresábamos —cabizbajos, más ricos de desilusión— a nuestras ocupaciones cotidianas. Apresuradamente, plegábamos las perspectivas cósmicas; la vida volvía a su carril. Dormíamos día y noche para recuperar el tiempo perdido. Acostados unos cerca de otros en las estancias ahora oscuras,

nos dejábamos llevar por el soplo de nuestra propia respiración hacia los callejones sin salida de sueños sin estrellas. Así bogábamos –andorgas gruidoras, cornamusas y gaitas–, respondiéndonos con melódicos ronquidos a través del silencio de las noches cerradas y negras. El tío Edward se había callado para siempre. Aún quedaba en el aire un eco de su desesperación, pero él ya no vivía. La vida lo había abandonado con ese crepitante paroxismo, el circuito se había abierto: el tío Edward había subido sin obstáculo las altas escaleras de la inmortalidad. En la oscura casa mi padre –solo– velaba, moviéndose sin hacer ruido por las piezas saturadas de nuestro sueño melódico. En ocasiones abría la boca de aeración de la chimenea y echaba un vistazo en el abismo negro donde dormía el Homunculus encerrado en una probeta, rodeado de luz, cumplido, clasificado en los archivos del cielo.

La tierra mítica

Tras muchas peripecias y reveses de fortuna que no tengo intención de narrar aquí, me encontré, finalmente, en el extranjero, en un país con el que había soñado largamente en mi juventud. La realización de mi sueño se cumplió demasiado tarde, y, a decir verdad, en circunstancias muy diferentes a las que yo había deseado. No llegué allí como un triunfador, sino como un fracasado. El lugar que debía ser el escenario de mis triunfos era para mí un territorio de pequeñas derrotas –miserables y penosas–, en el transcurso de las cuales perdí una tras otra mis orgullosas aspiraciones. No luchaba más que para sobrevivir, intentando salvar del naufragio el desdichado caparazón traqueteado por la suerte, cuando al fin encontré esta tierra donde, según mis sueños de juventud, debía levantarse la villa–refugio del viejo y célebre maestro que huía del mundanal ruido. Sin sospechar siquiera de la ironía del destino por la coincidencia de tales circunstancias, yo sólo tenía la intención de detenerme ahí algún tiempo, agazaparme, pasar el invierno y esperar la siguiente ronda de acontecimientos. Me daba igual estar aquí o en otro lugar. El encanto del país se había apagado –definitivamente– para mí; miserable, cansado de todo, sólo deseaba un poco de calma.

Pero las cosas sucedieron de otra manera. Sin duda, había llegado a un punto crítico, pues súbitamente mi existencia comenzó a estabilizarse de un modo inesperado. Tenía el sentimiento de haber entrado en una corriente favorable. A donde quiera que

fuese, la gente abandonaba sus ocupaciones como si estuviera esperándome, percibía en su mirada un brillo de interés, una decisión inmediata de servirme, como dictada por una instancia superior. Evidentemente, eso sólo era una apariencia creada por un cúmulo de circunstancias extraordinarias, una hábil urdimbre de mi destino a manos del azar que me llevaba como un sonámbulo de un acontecimiento a otro. Apenas tenía tiempo de sorprenderme. Esa racha favorable me había aportado un sereno fatalismo, una beatífica inercia y confianza, de modo que me abandonaba sin resistencia. Mis talentos eran al fin reconocidos, pero ya casi había olvidado mi necesidad de renombre durante tanto tiempo insatisfecha, esa hambre nunca saciada del artista que una y otra vez ha sido rechazado. Aún hace poco músico de cafetines de tres al cuarto, corriendo tras no importa qué trabajo, progresé hasta el puesto de primer violín de la orquesta de la Ópera de la ciudad; los restringidos círculos de amantes del arte me abrían sus puertas como si desde siempre hubiese pertenecido a los mismos, entré en la mejor sociedad —yo—, que hasta entonces siempre había estado con un pie en el mundo subterráneo de los desclasados, de los pasajeros sin billete, bajo la cubierta de la nave de la sociedad. Lo que ayer eran rebeldes pretensiones y rechazos llevando a mi alma una existencia atormentada se convertía en aspiraciones legítimas, entraba en vigor. La huella de la usurpación había sido lavada de mi frente.

Cuento todo esto de manera abreviada para dar una idea de la línea general de mi destino, sin entrar en los detalles de mi extraña carrera, pues todos estos acontecimientos conforman, en el fondo, la prehistoria de aquellos que me propongo relatar aquí. No, mi dicha no tenía nada de excesivo ni desenfrenado como se podría suponer. Sencillamente, había sido ganado por un profundo sentimiento de calma y confianza, signo por el cual —como fisonomista experimentado de la suerte, sensible ante los menores estremecimientos de su

rostro— yo reconocía con gran alivio que esta vez no me reservaba ninguna perfidia. Mi dicha estaba urdida sobre un atributo duradero.

Todo mi pasado de desarraigo, de vagabundeo, la secreta miseria de mi existencia, me habían abandonado y discurrían hacia atrás, como un paisaje inclinado sobre los oblicuos rayos del sol poniente, apareciendo una última vez en el horizonte de la tarde, mientras que el tren que me llevaba tomaba la última curva y ascendía la abrupta pendiente de la noche, de un futuro pleno, embriagador, oliendo un poco a humo. Este es el momento de mencionar aquí el hecho más importante, el que corona esta época de éxitos y felicidad: encontré a Eliza en mi camino y me casé con ella después de un breve y encantador idilio.

Nada falta a mi felicidad. Mi situación en la Ópera es inquebrantable. El jefe de orquesta, el señor Pellegrini, me aprecia y me pide opinión sobre todos los asuntos importantes. Es un anciano a punto de jubilarse y, según un tácito acuerdo entre él mismo, la dirección de la Ópera y la sociedad musical de la ciudad, cuando él se retire, la batuta de director de orquesta pasará del modo más natural a mis manos. Ya la tuve más de una vez, bien para dirigir los conciertos filarmónicos, bien en la Ópera, sustituyendo al buen viejo maestro, cuando está enfermo o no se siente capaz de hacer frente a una partitura ajena a su espíritu.

La Ópera de la ciudad es una de las mejor dotadas del país. Mis ganancias llegan sobradamente para una vida confortable, no exenta de cierto lujo. Eliza ordenó a su gusto —ella sola— nuestro hogar; yo carezco de estímulos e iniciativa para estas cosas. Ella, en cambio, tiene ideas muy precisas, aunque variables, y que aplica con una energía digna de mejor causa. Habla sin cesar con los proveedores, lucha denodadamente por la calidad y el precio de las cosas, y consigue éxitos de los que se siente muy orgullosa. Yo contemplo su agitación

con una indulgente ternura, y, al mismo tiempo, una cierta aprehensión, como si viese a un niño jugando al borde de un precipicio. ¡Qué ingenuidad creer que preocupándonos por los menores detalles de la vida cotidiana forjamos nuestro destino!

Burlar la vigilancia del mismo, éso es todo lo que yo deseo —yo, que finalmente he alcanzado este refugio—, pasar inadvertido a sus ojos, adherirlo a mi felicidad y hacerme invisible.

La ciudad donde la suerte me ha permitido encontrar este refugio tan apacible es célebre por su antigua y venerable catedral, situada sobre una alta meseta, algo distanciada de las casas. La ciudad acaba aquí bruscamente, desciende a pico entre bastiones y escarpaduras entre las que crecen moreras y nogales: ahí la vista se abre a un país lejano. Es la última escarpadura de un macizo jurásico que vigila desde el umbral de la clara y vasta planicie, abierta en toda su extensión a los tibios vientos del oeste.

Expuesta al paso de ese aire benévolo, la ciudad está como encerrada en un dulce clima de silencio, como si la misma hubiese creado su propia metereología de vasos comunicantes. Allí se dan todo el año soplos de aire apenas perceptibles, que hacia el otoño se transforman, progresivamente, en una corriente ininterrumpida, monótona y suave —como un *Golfstrom* atmosférico—, que borra y extermina dulcemente la memoria.

La catedral, cincelada por el transcurso del tiempo a la sombra de sus preciosos vitrales atesorados durante generaciones —joyas incorporadas a otras joyas— atrae a una muchedumbre de turistas de todo el mundo. No importa en qué estación del año, aquí y allá, se les puede ver recorriendo nuestras calles enarbolando sus *baedeker*. Son ellos en su mayoría quienes ocupan nuestros hoteles, rebuscan en nuestras tiendas y anticuarios con la esperanza de encontrar alguna curiosidad, o llenan

los lugares de diversión. Traen con ellos el olor del mar, el entusiasmo de grandes proyectos o grandes negocios. En ocasiones, ocurre que seducidos por el clima, la catedral o el tranquilo ritmo de la vida, se demoran entre nosotros, echan raíces y se instalan definitivamente. Otros —al partir—, se llevan con ellos esposas, a las encantadoras hijas de nuestros comerciantes, fabricantes y hoteleros. Gracias a esta clase de lazos, los capitales extranjeros son a menudo invertidos en nuestras empresas y alimentan nuestra industria.

Por lo demás, la vida económica de la ciudad se desarrolla —desde hace años—, sin crisis ni sobresaltos. La industria azucarera alimenta con su dulce arteria a tres cuartas partes de la población. Asimismo, la ciudad posee una célebre fábrica de porcelana, que se enorgullece de una tradición larga y acendrada. Trabaja para la exportación y, además, cada inglés, antes de regresar a su país, se vanagloria encargando un servicio compuesto de distintas piezas de color marfíl, adornadas con vistas de la catedral y la ciudad, pintadas por las alumnas de nuestra escuela de bellas artes.

En resumen, nuestra ciudad es próspera, bien administrada y, como otras ciudades de este país, mantiene un justo equilibrio entre el sentido de los negocios, el gusto por el confort y ciertas ambiciones no desprovistas de esnobismo. Las mujeres hacen ostentación de su elegancia, los hombres imitan el tren de vida de la capital, manteniendo aquí —no sin esfuerzo—, un asomo de vida nocturna con ayuda de algunos clubs y cabarets. El juego de cartas se populariza. Incluso las damas se sienten tentadas y casi todas las noches nos encontramos en una de las elegantes mansiones de nuestros amigos, ante la mesa de juego, prolongando las partidas hasta la madrugada. En este terreno, también, la iniciativa la lleva Eliza: intenta justificar su pasión apelando a nuestro prestigio social, que exige, al parecer, frecuentes salidas, si no queremos quedarnos al margen. Yo sé muy bien que, en realidad, sucumbe al encanto de esa frívola

manera —ligeramente excitante— de malgastar el tiempo. Con frecuencia, la veo animada, con rubor en las mejillas y los ojos brillantes, tomando parte con toda su alma en los juegos de azar. La lámpara bajo su pantalla arroja una luz tamizada sobre la mesa en torno a la cual un grupo de personas absortas en el juego, con un abanico de cartas en la mano, se abandonan en persecución de una quimérica fortuna. Y ahí está ella —ilusoria imagen—, apenas visible tras la espalda de uno u otro. Ningún ruido, sólo palabras pronunciadas a media voz, jalonando los tortuosos e inciertos caminos de la suerte. En cuanto a mí, espero el momento en que el febril y silencioso trance se apodere de los espíritus, en que todos se inmovilizan olvidando el mundo, caídos en una catalepsia como sobre una mesa mediúmnic, para abandonar discretamente el círculo encantado y refugiarme en la soledad de mis pensamientos. En la pieza contigua reina la penumbra; sólo una farola del exterior proyecta ahí su luz lejana. Ante uno de los ventanales, apoyo la cabeza contra el cristal y permanezco así un inabarcable instante, soñando...

Sobre la arborescencia del parque una vagorosa luz carminescente ilumina la noche. En los árboles devastados por el otoño, las cornejas asustadas se despiertan con enloquecedores graznidos y, confundidas por aquel falso amanecer, emprenden el vuelo —ruidosa bandada, letanía remolinante—, que llena de tumulto la carmínea oscuridad impregnada con el acre aroma del té y las hojas muertas. Poco a poco, ese montón de alas cae, descendiendo para ocultarse entre los desnudos árboles, inquieta bandada cuyos parloteos e interrogaciones se van mitigando lentamente; la grey se funde en el silencio de su susurrante prisión. La noche vuelve, profunda y tardía. Pasan las horas. Con la frente apoyada contra el cristal, yo siento y sé: nada puede ocurrirme, he encontrado el refugio y la calma. Vendrán ahora una larga serie de años benévolos y plenos de felicidad, una continuación infinita de tiempos buenos y dulces. Un último y

entrecortado suspiro llena mi corazón de alegría. Dejo de respirar. Yo sé: como la vida, la muerte nutritiva me acogerá un día entre sus brazos abiertos. Descansaré colmado en el verdor del bello cementerio de la ciudad. Los serenos y tranquilos mediodías, mi mujer —qué hermosa estará con velo de viuda— vendrá a traerme flores. Se despierta una música en mí, los compases fúnebres, solemnes y apagados de una majestuosa obertura. Siento los poderosos golpes del ritmo; con los párpados levantados y la mirada fija, siento que mis cabellos se erizan lentamente en mi cabeza. Me pongo rígido y escucho...

Un eco de voces más fuertes me despierta de la ensoñación en que estaba sumido. Preguntan por mí entre risas. Oigo la voz de mi mujer. Abandono mi refugio para volver a la habitación iluminada, con los párpados entornados, aún llenos de oscuridad. Los invitados se disponen a salir. Los anfitriones —bajo el umbral de la puerta— intercambian con ellos palabras de despedida. Finalmente, nos encontramos solos en la calle sombría. Mi mujer ajusta al mío su paso flexible y desenvuelto. Nos gusta caminar juntos. Con la cabeza ligeramente inclinada, Eliza aparta con el pie las hojas muertas caídas sobre el suelo. Se siente animada por el juego, por la suerte que le ha sonreído, por el vino que bebió, y tiene la cabeza llena de vagos y femeninos proyectos. Conforme a un tácito acuerdo entre nosotros, reclama de mí una absoluta tolerancia hacia sus extravagantes sueños, y se siente muy ofendida ante cualquier observación crítica o sencillamente razonable. La verdinosa estela del amanecer asomaba en el horizonte cuando entramos en nuestra casa. Aquí se respira la agradable atmósfera de un interior cálido y bien cuidado. No encendemos la luz. Una lejana farola dibuja el argentado contorno de los estores en la pared de enfrente. Sentado sobre la cama, aún vestido, tomo la mano de Eliza y la mantengo unos instantes entre la mía.

Otoño

Conocéis ese tiempo cuando el verano, aún hace muy poco lujuriente y lleno de vigor, el verano universal, que encierra en su dilatado espacio todo aquello que solamente era concebible —personas, acontecimientos y cosas—, de un día para otro se ve lacerado por una imperceptible herida? La luz del sol todavía cae brillante y profusa, y, en el paisaje, aún permanece ese gesto clásico y elegante que ofrendó a esa estación el genio de Poussin, pero —extrañamente— regresamos de la excursión matinal llenos de aburrimiento y estériles: ¿de qué tenemos vergüenza? No nos sentimos a gusto y evitamos mirarnos, ¿por qué? Y, sin embargo, sabemos que al crepúsculo éste o aquél se dirigirá con una sonrisa de circunstancias hacia un rincón apartado del verano y golpeará, golpeará la pared para convencerse de que aún devuelve un sonido pleno, un sonido de completa e insólita calma. Y ese gesto encierra una voluptuosidad perversa de traición, de desenmascaramiento, un ligero temblor de escándalo. Aunque, en apariencia, todavía estamos imbuidos de respeto y lealtad: una firma tan sólida, tan honorablemente conocida en el mercado... Y, a pesar de ello, cuando a la mañana del día siguiente se propala la noticia de la subasta, ya es una noticia caducada y que carece de la fuerza explosiva del escándalo. Y mientras que la licitación prosigue su curso lúcido y ajetreado, las estancias profanadas se vacían, se desnudan, y son invadidas ahora por un eco claro y sonoro; eso no despierta ningún sentimiento, ningún pesar: toda esa liquidación del verano está marcada por la ligereza, la negligencia y futilidad de un trasnochado carnaval que se prolongará hasta el miércoles de Ceniza.

Aunque quizá sea pronto para el pesimismo. Las negociaciones todavía prosiguen y además las reservas del verano no se han agotado: aún puede llegar a restituirse su caudal... Pero la prudencia, o la sangre fría, es algo que habitualmente no se da entre los veraneantes. Incluso los hoteleros —metidos hasta el cuello en las actividades del verano— capitulan. ¡No! ¡Tan poca lealtad y compasión ante ese fiel aliado sólo revela una imagen de marca poco halagüeña! No son comerciantes sino tenderos, una ínfima casta perezosa, incapaces de grandes miras o de pensar en el futuro. Cada cual aprieta contra su andorga el saquillo de ganapán. Cínicamente, han dejado caer la máscara de la amabilidad y se despojan de los smokings. En cada uno se despierta un recaudador.

También nosotros disponemos los cofres y embalamos nuestras cosas. Tengo quince años y escapo por completo a las servidumbres de la vida cotidiana. Puesto que todavía queda una hora para la partida, salgo corriendo una última vez para despedirme del balneario, hacer el balance de este verano, ver lo que podemos llevar con nosotros y lo que hay que abandonar para siempre en este lugar condenado a desaparecer. Pero en la pequeña plaza del parque, ahora desierta y luminosa bajo el sol del mediodía, ante la estatua de Mickiewicz, brilla de repente en mi alma la verdad del solsticio de verano. Atrapado en la euforia de esta revelación subo las dos escalinatas del monumento, trazo con la mirada y los brazos extendidos un amplio arco, como si tomase al balneario por testigo y exclamo: ¡"Adiós, oh Estación. Has sido muy bella y plena. ¡Ningún otro verano podría compararse contigo! Hoy puedo reconocerlo, aunque más de una vez me haya sentido triste y desdichado por tu causa. Te dejo como recuerdo todas mis aventuras diseminadas por el parque, por calles y jardines. No puedo llevar conmigo mis quince años, que permanecerán aquí para siempre. Además, en este lugar en que he vivido, he deslizado en una de las verandas —en el intersticio de dos

balaustres— un dibujo que te he hecho como recuerdo. Tú descienes ahora entre las sombras. Al mismo tiempo que tú, este balneario de villas y jardines desciende al país de las sombras. No tiene progenie. Tú y esta ciudad os morís, últimos de la estirpe.

“Pero no estás sin culpa, oh Estación. Te diré en qué consistió tu pecado. No querías, oh Estación, contentarte con los límites de la realidad. Ninguna realidad te satisfacía. Ibas más allá de cada realización. No encontrando saciedad en lo real, lo adornabas con metáforas y figuras poéticas. Te movías por asociaciones, alusiones e imponderables. Cada cosa evocaba a otra, ésta a una diferente y así de manera inmisericorde y sin fin. Tu dialéctica acababa por cansar. Estábamos hartos de ser balanceados por las olas de una fraseología infinita: sí, digo fraseología, disculpa la palabra. Eso se hizo evidente cuando aquí y allá, en muchas almas, comenzó a despertar poco a poco el deseo de lo esencial. Desde ese instante has sido vencida. Aparecieron los límites de tu universalidad. Tu gran estilo, tu maravilloso barroco que en tiempos de tu gloria parecían unidos a la realidad, los vemos ahora como un amaramiento. Tus dulzuras y meditaciones estaban impregnadas de una juvenil exaltación. Tus noches eran inmensas e infinitas, como sucede entre los enamorados con sus megalómanas inspiraciones o se presentaban, por el contrario, como un torbellino de visiones parecido al delirio de los alucinados. Tus aromas eran exagerados y no a la medida de la admiración humana. Bajo la magia de tu toque todo se desmaterializaba y crecía hacia otras formas, cada vez más altas. Comíamos tus manzanas soñando con frutos paradisiacos y cuando veíamos tus melocotones pensábamos en frutos etéreos que comeríamos con el olfato. Sólo tenías en tu paleta los registros más elevados, ignorabas la saciedad, la firmeza de los bronce oscuros, de color arcilloso o de barro. El otoño es la nostalgia del alma humana por la materialidad, por lo esencial y los

límites. Cuando, por razones desconocidas, las metáforas, los proyectos y los sueños humanos comienzan a languidecer después de su realización es un signo de que se acerca el tiempo del otoño. Esos fantasmas que hasta entonces erraban en los espacios más alejados del cosmos humano —y teñían su alta techumbre con sus espectros—, acuden ahora hacia el hombre, buscan el calor de su respiración, se agazapan en el refugio de su casa, en la alcoba que guarda su cama. La casa del hombre se convierte, como el establo de Belén, en el nudo alrededor del cual el aire se espesa con todos los demonios, con todos los espíritus de las altas y bajas esferas. Se ha acabado el tiempo de los bellos gestos clásicos, de la fraseología latina, de la bufa gracia meridional. El otoño tiene necesidad de firmeza, de la fuerza primitiva de los Durero y los Brueghel. Esa forma se resquebraja por el exceso de materia, se endurece formando nudos y callosidades, agarra la materia con sus mandíbulas y tenazas, la amasa, la viola, la modela y, finalmente, la abandona con los estigmas de esa lucha: maderos sólo en parte trabajados que dejan ver —en las muecas que ha tatuado en sus rostros de madera— la huella de una vida inverosímil”.

Yo decía esto y además otras cosas al vacío semicírculo del parque que parecía retroceder ante mí. Sólo profería en voz alta una parte de ese monólogo, bien porque me faltasen las palabras adecuadas, bien porque no hiciese más que simular el discurso reemplazando las palabras que me faltaban con una abundancia de gestos. Señalé las nueces —clásicos frutos del otoño, emparentados con los muebles—, nutritivas, sabrosas y duraderas. Evoqué las castañas, esos ejemplares de frutos lacados, *bilboquets* destinados a los juegos infantiles, las manzanas del otoño que, sobre los paramentos tras las ventanas, se saturaban de un carminescente color, hogareño y prosaico.

El crepúsculo comenzaba a ahumar el aire cuando regresé al hotel. En el patio ya esperaban dos grandes calesas dispuestas para nuestro traslado. Los caballos —sin arneses— relinchaban,

con las cabezas hundidas en los sacos de forraje. Todas las puertas estaban abiertas de par en par, los pabilos de las velas encendidas sobre la mesa de nuestra pieza oscilaban en la corriente de aire. Esa noche que caía tan rápido, esas personas que habían perdido sus rostros en la oscuridad y arrastraban precipitadamente los baúles, el desorden en la estancia abierta a todas las ráfagas de aire y violentada, todo eso daba la impresión de un pánico precipitado, triste y fuera de lugar, de una catástrofe trágica y pavorosa. Finalmente, ocupamos nuestros asientos en las hondas calesas y partimos. Enseguida nos envolvió el aire de los campos, oscuro, profundo y recio. Los cocheros arrancaban en aquel aire embriagador flexibles chasquidos por medio de sus fustas y procuraban igualar el trote de los caballos. Sus poderosos ancas —bien erguidas— se balanceaban en la oscuridad entre los enérgicos trallazos de las enhiestas colas. Así avanzaban en el paisaje solitario y nocturno, sin estrellas ni luces, uno detrás de otro, esos dos armazones compuestos de caballos, de crujientes carcasas y resoplantes fuelles de cuero. En ocasiones parecían desintegrarse, dislocarse como crustáceos que se rompen durante la marcha. Entonces los cocheros apretaban las riendas, y, con un movimiento, ajustaban los desordenados trotes para acomodarlos más rígida y regularmente. Las linternas encendidas dejaban caer largas sombras en la profundidad de la noche, que se estiraban, se alejaban y a grandes saltos penetraban en los agrestes y desérticos espacios. Huían —muy lejos— cojeando sobre sus largas piernas, hasta la linde del bosque, donde se burlaban de los cocheros con gestos obscenos. Los cocheros chasqueaban las fustas en su dirección pero no abandonaban su calma. La ciudad ya dormía cuando penetramos entre las hileras de casas. Aquí y allá, las farolas aún iluminaban las calles desiertas, como si estuviesen destinadas a alumbrar tal casa de planta baja, tal balcón, o para grabar en la memoria tal número sobre un portal cerrado. Sorprendidas de pronto a

hora tan intempestiva, las tiendas con los escaparates cegados, los umbrales de las puertas cocheras gastadas por el uso, los rótulos sacudidos por el viento de la noche, mostraban una soledad desesperada, la trágica orfandad de las cosas abandonadas a sí mismas, olvidadas por los hombres. La caleza de mi hermana giró en una calle lateral, mientras que la nuestra continuó hasta la plaza vieja. Los caballos cambiaron el trote cuando penetramos en la umbrosidad de la plaza. Un panadero descalzo ante el dintel de su tienda abierta nos atravesó con la mirada de sus ojos oscuros, la ventana de la farmacia, aún de guardia, nos tendió y después retiró un bálsamo de color frambuesa en una gran poma. El pavimento pareció coagularse bajo los cascos de los caballos; con el sonido hasta entonces acompasado de su trote podíamos oír ahora los golpes singulares y dobles de las herraduras contra el suelo, cada vez más espaciados y claros, y nuestra casa con su estriada fachada emergió lentamente de la sombra y se detuvo ante la caleza. La doméstica, que sostenía en la mano una lámpara de petróleo, nos abrió la puerta. Nuestras sombras inmensas se proyectaban en la escalera, rompiéndose contra la bóveda del portal. La estancia sólo estaba iluminada por una vela cuya llama oscilaba ante las ráfagas de aire que entraban por la ventana abierta. Los oscuros tapices estaban carcomidos por el moho de las penas y la amargura de numerosas generaciones enfermas. Los viejos muebles brutalmente sacados de su sueño, arrancados de su larga soledad, parecían mirar a los recién llegados con un amargo juicio, con un paciente conocimiento. No escaparéis —parecían decir—, finalmente habeis vuelto al círculo de nuestra magia; pues, de antemano —entre todos nosotros— hemos dividido vuestros movimientos y gestos, vuestras idas y regresos, vuestras noches y días futuros. Aguardamos, sabemos... Las camas inmensas, profundas, desbordando de sábanas frescas, esperaban nuestros cuerpos. Las esclusas de la noche ya crujían bajo el empuje de las masas

glaucas del sueño, espesa lava que se preparaba para hacer irrupción y desbordar los vanos, y surgir a través de las puertas, y desde los viejos armarios, y por las chimeneas donde susurraba el viento.

OTROS TEXTOS

La Primavera

(fragmento excluido del relato que lleva el mismo título en la obra *El Sanatorio de la Clepsidra*)

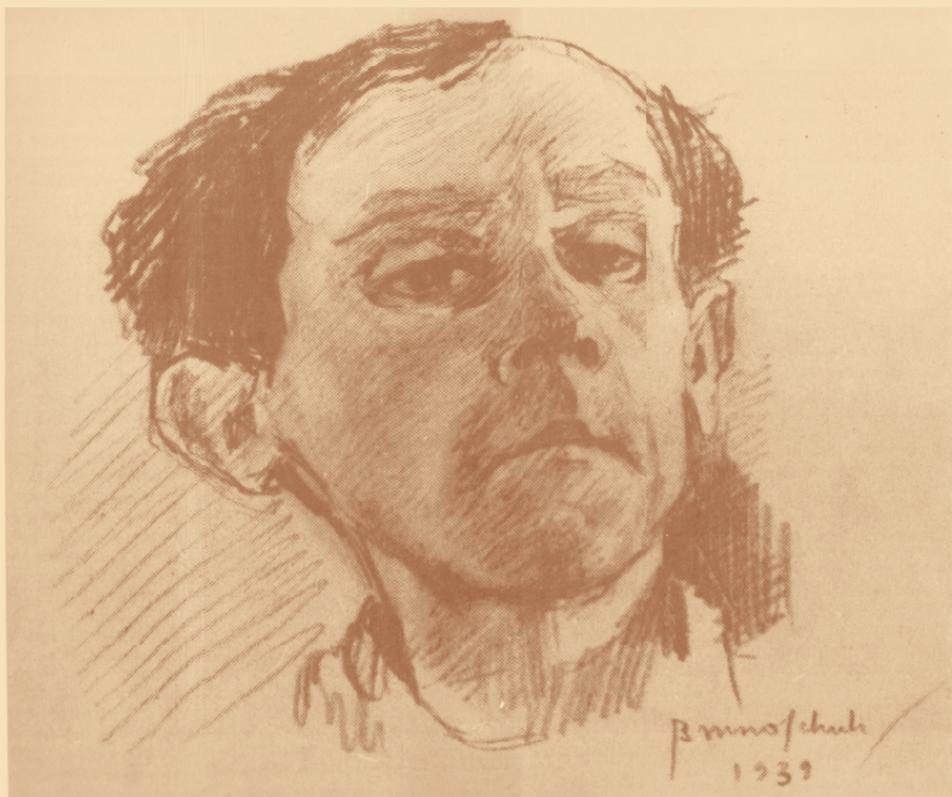
Hacia el final del invierno se sucedían una serie de días monótonos y ordinarios, que nada venía a romper, días sin sabor, como esas grandes hogazas de pan que se cocían el jueves para toda la semana y que permanecían dispuestas en un orden alineado sobre un entrepaño, durante un frío y blanco mediodía sin sol.

Esos días se alargaban y salían de sus doce horas como púberos que han crecido demasiado dentro de sus ropas —y ateridos—, a consecuencia de los interminables mediodías anteprimaverales, de los luminosos crepúsculos que no acababan nunca. Y, súbitamente, del zaquizamí de las semanas emergían las fiestas de Pascua y pronto el tiempo comenzaba a formarse en el vacío de los días, a adquirir color y sentido, y aparecía sobre la escena todo ese gran teatro de Pascua, ese misterio de múltiples palimpsestos de la antigua primavera egipcia: ese admirable e insondable ceremonial de blancura ante largas mesas, a la luz de las palmatorias de plata de vacilantes pabilos, bajo el soplo de una noche de Pascua demasiado grande y demasiado vacía. Esas noches de Pascua se levantaban como sombríos bastidores tras la puerta abierta de la casa y se dilataban por la infinidad de inextricables problemas, mientras que sobre la brillante ostentación de la mesa se desplegaban, según el orden de la

Biblia, las figuras de su zodíaco: las plagas egipcias, y que al instante se dispersaban en polvo de estrellas, molidas entre las tolvas de esa noche que no se parecía a ninguna otra noche del año.

Así germinaba esa noche de primavera, dura y extraña, hinchándose de plagas y pretextos, y entre el croar de sus estrellas se reproducían inmoderadamente ranas, serpientes y todo parásito del universo húmedo, mientras la noche bullía entera de acciones secretas que la poblaban y, en su antro, la oscuridad se abría formando laberintos de estancias, carmíneos desvanes, cubículos pintados, espacios donde los primogénitos morían de muerte repentina mientras las puertas crujían —cerrándose—, ante las lamentaciones de los padres.

Y cuando se terminaba la semana de fiestas, abandonábamos ese teatro escalonado de la Pascua contra la pared indiferente —que se volvía lisa— de los días, y, entonces, otra vez las calles se quedaban vacías y olvidábamos la primavera que no acababa de llegar.



Autorretrato de B. Schulz, 1939



Muchacha en el diván y hombre a sus pies, circa 1933

Entrevista con Bruno Schulz

Conocí a Bruno Schulz hace diez años.

Enseguida me mostró sus dibujos (drapografías). Y son esas obras las que han permanecido en mi memoria, mientras que la imagen de su autor se desvaneció como una nube de polvo dispersada por el huracán.

Más tarde, conseguí dos piezas por mediación de Stefan Szyman, profesor de la Universidad Jagielloński (también él admirador de la obra gráfica y literaria de Schulz), y he podido examinarlas más de cerca. Actualmente, hemos vuelto a reanudar nuestra amistad y tuve la ocasión de conocerle mejor, tras haber leído *Las Tiendas de Canela Fina*, que me ha causado una deslumbrante impresión.

Hasta hace muy poco tiempo aún desconocía que en materia de dibujo Schulz era prácticamente un autodidacta. Ese hecho sólo puede acrecentar mi admiración por esta personalidad y este talento singulares. En tanto que grabador y dibujante pertenece a la categoría de los “demonólogos”. En mi opinión, podemos ver los gérmenes de ese movimiento en los antiguos maestros (que todavía no estaban especializados en esa temática), por ejemplo en Cranach, Durer o Grünewald, cuando pintan con una asombrosa seguridad, con esa voluptuosidad inherente al libertinaje, temas más diabólicos que divinos: así es como descansaban después de haber pintado las tediosas baratijas religiosas de la época. Igualmente, creo que Hogarth también pertenece a ese grupo de demonistas.

Aunque el verdadero creador de esa tendencia (en lo concerniente al fondo, por supuesto, la base real, el pretexto para la

forma pura) ha sido Goya. Es de él de donde han salido los demonólogos del siglo XIX, como Rops, Munch o incluso Beardsley. No se trata aquí de los accesorios del demonismo (brujas, diablos, etc.), sino del Mal en su esencia misma, base del alma humana (el egoísmo que es más bien atributo del hombre, el instinto depredador, el deseo de posesión, las pulsiones sexuales, el sadismo, la crueldad, el ansia de poder, la necesidad de aplastarlo todo en torno a uno); solamente después de una disciplina adecuada podremos ver crecer sobre esa base otras cualidades más nobles, las que por lo demás pueden observarse en estado embrionario entre los animales). Es un ámbito en el que a Schulz le gusta particularmente trabajar. Su especialidad, en ese dominio, es el sadismo femenino, unido al masoquismo masculino. Yo creo que la mujer, por su naturaleza –(hay que sorprenderse de que aún sea así, poseyendo tales órganos y tales medios de acción, sorprenderse, admirarla y alabar las fuerzas que están en el origen de la separación de sexos)– debe ser, pues, sádica en el plano psíquico y masoquista en el plano físico, mientras que el hombre debe ser masoquista en el plano psíquico y sádico en el plano físico. Schulz ha sabido llevar esta doble combinación psíquica hasta límites extremos de tensión y expresarla con un patetismo casi monstruoso. Uno de los medios de los que dispone la mujer para aplastar al hombre es el pie: una de las partes más terribles del cuerpo femenino, además del rostro y alguna otra. Las mujeres de Schulz atormentan a los hombres con sus pies, los pisotean, los arrastran al oscuro e impotente universo de la locura. Anulados, humillados por ese tormento erótico, degradados, los hombres encuentran en esa degradación la más alta y dolorosa voluptuosidad. Los grabados de Schulz son verdaderos poemas sobre la crueldad de los pies femeninos. A pesar de la monstruosidad de las bocas, tenemos la impresión de que las damas de Schulz se lavan cuidadosamente los pies dos veces al día –frotándose con un cepillo–, y no tienen callos.

Si no, sería horrible; de todas formas, la cosa es tan horrible como eso en el plano moral.

Además de ese tema, expuesto con una singular fuerza de expresión, algunas de las composiciones de Schulz parecen acercarse al ideal de la Forma pura, en lo que atañe a la composición y la disposición de las manchas oscuras y claras, igual que las ligeras deformaciones que le confieren a las masas tomadas separadamente una sorprendente tensión direccional hecha de contrastes. Aunque nos parece que la personalidad de este artista (en tanto que unidad que aún no ha llegado al tipo puro) todavía está (y quizá lo esté siempre) aplastada por el peso de su poderosa sustancia vital; lo que origina que no pueda alcanzar una independencia expresiva por medio de una forma puramente artística; no quiero hablar aquí de una vaga “formación” (?) ni de esas imitaciones de las formas particulares de los objetos en tres dimensiones proyectadas sobre un plano (o tal vez es de esto de lo que se trata en la pintura, ¡oh ingenuos críticos de domingo!), yo quiero hablar de una construcción, de un todo “explotando” más allá de las profundidades de la conciencia y que, a través de esa deflagración, finalmente, se coagula como construcción; sí, no quisiera insistir en ello, no se trata del relleno decorativo de un plano; ¡ay! ni nuestros pintores ni nuestros llamados críticos —profanos que tienen la desfachatez de escribir de arte sin tener la menor idea de lo que se trata— ven la diferencia entre todos esos elementos.

La grandeza se encuentra en cualquier cosa, lo mismo en el bien como en el mal, en el realismo como en el formismo; e igualmente en una cierta proporción de esos elementos combinados; se trata ante todo de su calidad y de sus mutuas relaciones.

Tengo la impresión de que con Schulz nos encontramos, sino en el ámbito mismo del genio, al menos en su frontera, pues el genio emana de esas proporciones y no solamente de la

pura tensión de los elementos. Podemos decir lo mismo de su literatura (*Las Tiendas de Canela Fina* y los relatos aparecidos en *Tygodnik Ilustrowany*, *Wiadomości Literackie* y *Sygnaty*, de Lvov): literatura que por el momento sólo nos es revelada bajo forma de “fragmentos” unidos por un mismo hilo conductor compuesto de lugar, de tiempo y personajes (el mismo autor y su entorno) pero no ligados claramente por una idea común o una sucesión de acontecimientos. Es lo que hace que sus textos no constituyan ni una antología de relatos ni una novela: lo que los cohesiona es una especie de metafísica —de la que el mismo autor no es completamente consciente—, así como su singular personalidad que brilla hasta en su estilo; tengo la intención de analizar todos estos elementos en un estudio aparte, igual que los valores propiamente literarios y filosóficos de sus obras.

En nuestro asfixiante panorama literario —radicalmente intelectualizado y donde predominan la bufonería y las reverencias ante un vil público corrompido desde hace años por las zalameñas de los aduladores de todo pelaje—, el libro de Schulz constituye un fenómeno notable. En efecto, además de Kaden (si éste tuviese más coraje y carácter, si se preocupase más de su desarrollo intelectual, sería un genio de gran talla), no hay prácticamente nada que leer entre nosotros. Schulz es, en mi opinión, un astro de primera magnitud; queda por saber si resistirá, si le dejarán vivir y trabajar, si evolucionará, y cómo. ¡Siempre que no le ocurra lo mismo que a la pobre Nora Herculis, cuya luz ha declinado, y que ya no es más que un astro de quinta magnitud! Pero volveré en otro momento sobre esos problemas. Concentrémonos en esta entrevista. Aquí he formulado un cierto número de preguntas: doy la respuesta literal de Schulz *in extenso*, sin ningún añadido por mi parte.

¹ *Tygodnik Ilustrowany*, nº 17, 1935.

Bruno Schulz a S. I. Witkiewicz ¹

(sin fecha)

Comencé a dibujar hace mucho tiempo: la historia de mi vocación se pierde en una especie de bruma mitológica. Yo todavía no sabía hablar cuando ya cubría de garabatos papeles y márgenes de periódicos; ya esos primeros intentos despertaron la atención de mi entorno. Al comienzo yo sólo dibujaba coches de caballos. Viajar en calesa me parecía un acontecimiento de la más alta importancia, cargado de todo un simbolismo secreto. Cuando tenía seis o siete años, volvía una y otra vez a mis dibujos la imagen de una calesa que, con la capota alzada y las linternas encendidas, salía de un bosque nocturno. Esa imagen pertenece al caudal fijo de mi imaginación, es una especie de centro de gravedad de innumerables vías que –ramificándose– van en las direcciones más diversas y se pierden en alguna parte en el infinito. Hasta hoy, aún no he agotado su contenido metafísico. La visión de un caballo de tiro no ha perdido para mí su poder de fascinación, continúa siendo turbadora. Su anatomía esquizoide, con todas las extremidades llenas de ángulos, nudos y prominencias, parece haber sido detenida en su desarrollo, cuando la misma intentaba desarrollarse y ramificar. La calesa es también una creación esquizoide, salida del mismo principio anatómico: una estructura fantástica, fuertemente membrada, hecha de chapas curvadas como aletas, de cuero equino y enormes ruedas tintineantes.

No sé como llegamos en la infancia a ciertas imágenes cuya significación –en adelante–, será para nosotros decisiva. Desempeñan el mismo papel que los filamentos sumergidos en

una solución química, en torno a las cuales se cristaliza para nosotros el sentido del mundo. Entre esas imágenes primordiales, la de más vivo recuerdo es la de un niño llevado por su padre a través de un vasto espacio nocturno y dialogando con las tinieblas. El padre lo abraza contra él, lo mantiene prisionero entre sus brazos, lo protege de la violencia del elemento cuyo incesante parloteo le aturde; pero para el niño, esos brazos son transparentes, la noche los traspasa y a través de las caricias del padre, continúa oyendo esas terribles palabras de persuasión. Entonces, cansado de luchar, abrumado por la fatalidad, responde con un trágico abandono a las interrogaciones de la noche, ineluctablemente sometido al vasto elemento del que nadie puede escapar.

Hay temas que de alguna manera nos están predestinados, que parecen haber sido preparados expresamente para nosotros y nos esperan en el umbral mismo de la vida. Así es como a la edad de ocho años percibía la balada de Goethe², con toda su metafísica. Aún comprendiendo sólo a medias el alemán, podía sin embargo coger, o al menos presentir el sentido, y, turbado hasta lo más hondo, lloraba cálidas lágrimas cuando mi madre me la leía.

Estas imágenes son en sí mismas todo un programa; son las que constituyen el capital fijo de nuestra alma: un capital que se acumula en nosotros muy pronto, bajo la forma de presentimientos y sensaciones sólo en parte conscientes. Me parece que después, durante toda la vida, lo único que hacemos es interpretar esas visiones, intentar sacar a la luz la totalidad de las significaciones que encubren para nosotros y de filtrarlas tanto como sea posible a través de todo el alcance de nuestro intelecto. Esas primeras imágenes le imponen al artista límites que son los de su creatividad. Su obra nace de esas premisas. Después no descubre nada nuevo, sólo intenta comprender cada vez mejor el secreto que le ha sido confiado en el origen; su obra es una incesante exégesis, un comentario a

ese único versículo que le ha sido otorgado al principio. Por lo demás, el arte no resuelve completamente este enigma; será siempre una parte del misterio. El nudo que ha servido para anudar el alma no es un falso nudo que se deshace al tirar por uno de sus cabos: al contrario, lo que hace es cerrarse aún más. Nosotros lo manipulamos, seguimos el curso de los hilos, buscamos su fin y el arte nace de esas manipulaciones.

A la pregunta de si se manifiesta la misma trama en mis dibujos y en mi prosa, responderé afirmativamente. No son más que capas separadas de la misma realidad. El material, la técnica, desempeñan aquí un papel selectivo. Por razones de orden técnico el dibujo le impone al artista límites más estrechos que la escritura. Éso es por lo que creo haberme expresado más plenamente en la prosa.

¿Podría interpretar en el plano filosófico la realidad que se expresa en *Las Tiendas de Canela Fina*? Esa es otra pregunta a la que más bien no quisiera responder. Creo que racionalizar la visión de las cosas contenidas en una obra de arte es algo así como querer desenmascarar a los actores de un drama: eso no conduce más que a interrumpir el juego y empobrecer la problemática de la obra. Sin embargo, el arte no es un logogrifo cuya llave esté escondida en algún lugar, y la filosofía no es un medio para resolver ese logogrifo. La diferencia entre los dos es más profunda todavía. El cordón umbilical que une la obra de arte a la totalidad de nuestra problemática no ha sido cortado, la sangre del misterio continúa circulando ahí libremente, venas y arterias van a perderse en la noche circundante para volver a regresar, cargadas de fluido tenebroso. La interpretación filosófica sólo nos da una especie de preparado anatómico desgajado del conjunto de la problemática. No obstante, a veces me pregunto a qué se parecería —bajo una forma discursiva—, el credo filosófico de *Las Tiendas de Canela Fina*. El trámite consistiría sin duda en intentar describir la realidad específica de la obra más que esforzarse en justificarla.

Las Tiendas de Canela Fina dan una cierta receta de la realidad, postulando un género particular de sustancia. La sustancia de esa realidad está en estado de perpetua fermentación, se caracteriza por su ebullición continua, por la vida secreta que la habita. No hay objetos muertos, duros o limitados. Deforma y dilata cualquier cosa más allá de sus límites, no adopta una cierta forma más que para abandonarla a la primera ocasión. Un principio particular se manifiesta en los hábitos y maneras de ser de esta realidad: es el principio de la mascarada universal. La realidad sólo asume ciertas formas de apariencia; es para ella una broma, una simple diversión. Se es hombre o cucaracha, pero esta forma no alcanza al ser en profundidad, no es más que un papel momentáneo, una especie de corteza superficial de la que uno se desembaraza un instante después. Todo eso viene a postular un monismo extremo de la sustancia; bajo esa óptica los objetos son solamente máscaras. Para vivir debe utilizar un número ilimitado de máscaras. Esa errancia de las formas es la esencia misma de la vida. Es por lo que emana de esa sustancia el aura de una especie de ironía universal. Una atmósfera de entre bastidores reina ahí perpetuamente; creeríamos ver detrás de la escena a los actores despojarse de sus ropajes y reírse de lo patético de su papel. La ironía es inherente al mismo hecho de existir en tanto que individuo: es una farsa en la que uno se deja coger, como un payaso que os saca la lengua. Existe ahí, me parece, un cierto lazo entre *Las Tiendas de Canela Fina* y el universo de sus composiciones pictóricas y escénicas.

Cuál es el sentido de esta desilusión universal que cuestiona la realidad, no sabría decirlo. Sólo digo que sería poco soportable si no estuviese compensada en otra dimensión. Pareciera como si experimentásemos una profunda satisfacción cuando vemos aflojarse el tejido de la realidad; esta quiebra de lo real despierta todo nuestro interés.

Algunos han creído ver en mi libro una tendencia destructi-

va. Quizá sea cierto desde el punto de vista de ciertos valores establecidos. Pero el arte opera en profundidades anteriores a la moral, en una zona en que el valor se encuentra todavía *in statu nascendi*.

Es el arte el que, siendo una expresión espontánea de la vida, debe asignarle tareas a la ética y no al contrario. Si sólo sirviese para confirmar lo que ya ha sido establecido, sería inútil. Su papel es ser una sonda arrojada en ese abismo que no tiene nombre. En cuanto al artista, es un aparato encargado de registrar los procesos que tienen lugar en las profundidades, ahí donde nacen los valores.

¿Se trata verdaderamente de destrucción? El hecho de que esta materia se haya transformado en obra de arte significa que nosotros la afirmamos, que nuestras profundidades espontáneas se han decantado por ella.

¿A qué género pertenece *Las Tiendas de Canela Fina*? ¿Cómo clasificar esta obra? Para mí se trata de una novela autobiográfica. Poco importa aquí que esté escrita en primera persona o que puedan reconocerse ciertos acontecimientos, ciertas experiencias de mi infancia. En realidad se trata de una autobiografía —debería decir de una genealogía— espiritual, de una genealogía “kat'exochen”³. Se traza ahí en detalle la génesis del espíritu, se prosigue la indagación hasta las profundidades en que se transforma en mitología, en que se pierde en una especie de ensoñación mitológica. Siempre he creído que las raíces del espíritu individual —a poco que profundicemos en ello— se pierden en una mítica selva virgen. Ese es el fondo del abismo: más allá ya no hay salida.

Más tarde, caí en la cuenta de que esta idea había sido magistralmente expuesta por Thomas Mann en *José y sus hermanos*: aquí está desarrollada a una escala monumental. Mann muestra cómo ciertos esquemas primordiales surgen en el fondo de todos los acontecimientos humanos, a poco que hayan sido despojados de la criba del tiempo y la multiciplidad: ciertas

historias en las que estos acontecimientos se modelan y reproducen sin cesar. En Mann se trata de historias bíblicas, de los eternos mitos de Babilonia y Egipto. Por mi parte, he intentado encontrar, a una escala más modesta, una especie de mitología privada, mis propias “historias”, mi propia génesis mítica. Igual que los antiguos hacían nacer a sus ancestros de matrimonios mitológicos con los dioses, yo he intentado establecer —para mi uso personal—, una generación mítica de antepasados, una especie de familia ficticia de donde saco mi verdadero origen.

En cierto modo, esas “historias” son auténticas, toda vez que las mismas representan mi manera de vivir, mi destino particular. La dominante de ese destino es una profunda soledad, una vida radicalmente cortada de lo cotidiano.

La soledad es un reactivo que provoca en mí la fermentación de lo real, la aparición de esos precipitados hechos de figuras y colores.

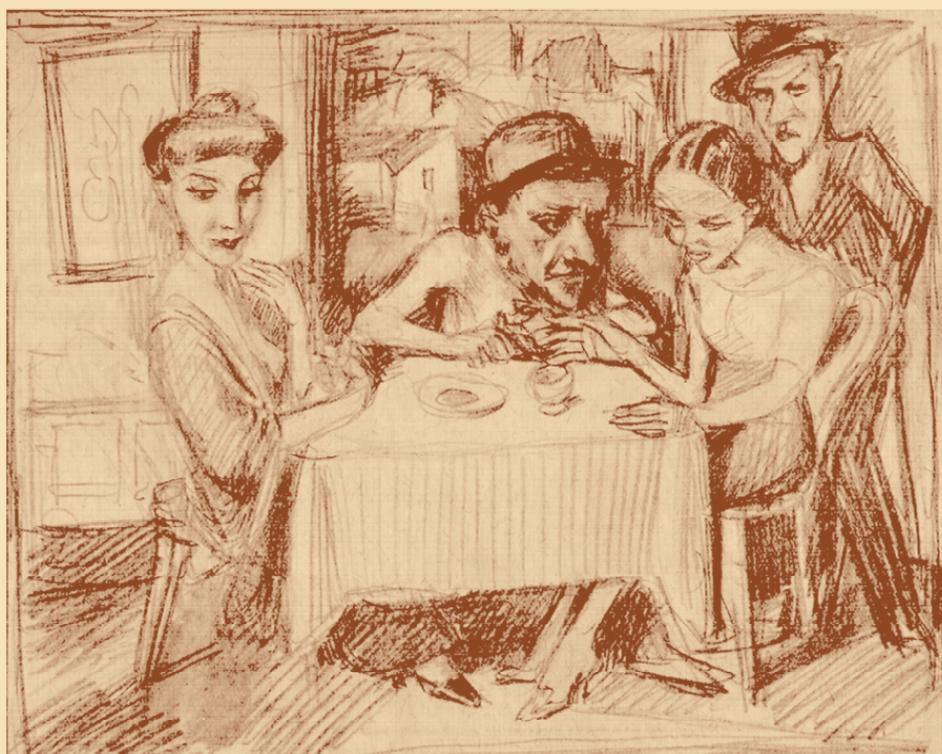
1. El texto de esta “carta” constituyendo una respuesta a preguntas sometidas por escrito apareció en 1935, en el número 17 de *Tygodnik Ilustrowany*. Witkiewicz lo hizo preceder de una introducción y le dio el título siguiente: “Entrevista con Bruno Schulz” .

2. La balada *Erlkönig*, de J. W. Goethe.

3. *kat' exochen* (del griego): en primer lugar; y en toda la extensión de la palabra.



Reunidos en torno a la mesa, 1924



Autorretrato con dos mujeres, circa 1933

Carta abierta a Bruno Schulz¹

Mi querido Bruno,

Bogusław quiere que escribamos para él en *Studio* —pero ¿no sería mejor escribir para nosotros, o mejor aún, escribirnos directamente?—; sí, escribirnos directamente sería mucho más agradable, sería infinitamente más voluptuoso poder disparar directamente uno contra otro apuntando a una persona concreta, en vez de catapultar en el espacio un mensaje general dirigido a todos y, por lo tanto, a nadie. Durante mucho tiempo me he preguntado con qué arma conceptual disparar contra ti, querido Bruno; pero no encontraba ninguna. Y súbitamente se me ocurrió una idea: se trata de la mujer de un médico encontrada por azar en el tranvía número 18. “Una de dos”, me dijo, “Bruno Schulz o es un enfermo mental, un pervertido, o un vanidoso; personalmente creo más bien que es un vanidoso. Lo único que hace es fingir.” Dicho esto, descendió del tranvía justamente en la parada de la calle Wilcza. Entonces decidí disparar contra ti con el arma conceptual hecha con el pensamiento de esa dama. Yo te informo públicamente, oficial y formalmente que la mujer de ese médico te toma por un loco o por un simulador. Y te provoqué con el fin de obligarte a que te veas cara a cara con ella. Debes saber, pues, que en algún lugar de la calle Wilcza vive la querida media naranja de un especialista, de la que no puedes ignorar la opinión que tiene sobre ti. Es en la calle Wilcza donde alimenta ese juicio negativo respecto a ti y es ahí donde se lo comunica incidentalmente a amigos que la creen bajo palabra. Es ahí, en la calle Wilcza, sí, Bruno, en el número 102 de la calle

Wilcza, donde se desarrolla y propaga esa malévolas opinión, ese hostil pensamiento manifestado por la representante de un vasto segmento socio-cultural, de opiniones muy firmes. ¿Qué vas a hacer con ese pensamiento? ¿Seguirás el ejemplo de la gran mayoría de tus colegas y adoptarás una postura “reivindicativa”, es decir plena de reivindicaciones y odio respecto a la masa, reprochándole su falta de comprensión y la mediocridad de su nivel? No, Bruno, ni por un instante sospecho que puedas ser tan imprudente u ordinario como para tener una reacción tan banal, una reacción digna de un escritorzuelo que se siente ofendido en sus más sagrados intereses. Y tampoco creo que vayas a ruborizarte ingenuamente o te pongas a gritar de manera escandalosa como ha ocurrido en Francia con una de nuestras autoras más populares, de quien se dijo que su literatura era más bien “popular”... A menos que, cediendo a tus inclinaciones masoquistas, te humilles y caigas a los pies de esta mujer de médico de seductor formas. De ese modo, podrías servirte al menos de la buena mujer y arrebatarle, a su pesar, un poco de voluptuosidad.

Pues bien, Bruno, te comprometo oficial y formalmente con el juicio de esa mujer, te estigmatizo con ese juicio, te cargo con él y te lo cuelgo como una etiqueta, internalizo en la conciencia de Bruno Schulz el juicio de esa mujer, te esposo con ella a través del lazo legal del juicio. ¿Qué puede hacer, pues, tu famoso Bruno Schulz en esta situación –ese Schulz por medio del que tú escribes libros y que se supone que te representa?–; ¿cómo reaccionarás tú y situarás a tu Schulz con relación a la esposa en cuestión? ¡Oh, Dios mío! No, no quiero romperme la cabeza, hace calor, que el diablo se lleve esta carta; ¡si Bogusław hubiese caído enfermo, no estaríamos en éstas! Sin embargo, ten en cuenta una cosa: la crueldad del asunto consiste en que los argumentos puramente objetivos no sirven de mucho. En realidad, ¿cómo demostrarle a una mujer encontrada por azar que uno no es ni un loco ni un

simulador? No se trata del contenido, sino de la forma. Ante el tribunal compuesto por los lectores de *Studio* —escogidos al azar— te provoqué a ese duelo formal con una mujer escogida al azar como ellos. Pues ese tribunal apenas está dispuesto a examinar tus argumentos, no disponemos para ello ni del tiempo necesario ni de criterios comunes admitidos por la opinión pública. Tenemos demasiados asuntos privados que examinar como para entrar en detalle en una cuestión que le concierne a otro. Echaremos entonces una simple ojeada y decidiremos si Schulz, que hasta aquí seguía tranquilamente su camino, Schulz sorprendido por un estúpido incidente con una mujer, ha podido conservar su forma brillante y soberana, o bien se ha comprometido para nuestro secreto placer. Y recuerda que tu posición no debe ser sólo justa de manera subjetiva, debe tener todas las apariencias de la justicia para aquéllos que observan de través la situación. Si tú declaras, por ejemplo, que la opinión de la mujer del doctor te deja indiferente, no te creeremos; ¿por qué razón, en efecto, serías tú menos susceptible que nosotros? El tribunal que te juzga sólo puede hacerlo según sus criterios.

Te hago esa pregunta deliberadamente, a ti y no a otro. Tu estilo filosófico, artístico, poético, no parece el más adecuado para enfrentarse con las madres de hijos de médicos. Tu forma sobrevuela en las alturas. ¡Pues bien, justamente! ¡Desciende entonces a tierra! ¡Entra en el baile con lo común! ¡Demuéstranos de alguna manera cómo sabes defenderte contra ese género! ¡Qué estilo vas a emplear para aniquilarlo, te elevarás por encima de él o bien retrocederás? ¡Descúbrenos, pues, tu rostro, veamos de qué modo el dulce Bruno se desembaraça de la opinión de esa mujer de médico encontrada en el tranvía número 18! ¡Para qué serviría tu forma si sólo fuese aplicable a una altura de dos mil metros por encima del nivel de la vida? Hay que medirse con las personas en cada nivel y en cada ocasión. La postura que adoptamos ante la estupidez

es sin duda más importante todavía que la que mantenemos cuando se trata de examinar las cuestiones esenciales, graves o fundamentales. ¡Maldito Bogusław! ¡Hasta pronto, querido Bruno!
Con todos mis respetos

Witold Gombrowicz

1. Esta “Carta abierta” de Witold Gombrowicz a Bruno Schulz se publicó en las páginas del mensual *Studio* (n.º 7, 1936). El instigador de esa “correspondencia pública” entre los dos escritores fue Bogusław Kuczyński, redactor jefe de *Studio*; la misma constituye una especie de tríptico epistolar comenzado y acabado por Gombrowicz.

Carta a Witold Gombrowicz

julio 1938

Vamos, querido Witold, ¿quieres empujarme a esa arena rodeada por una curiosa muchedumbre? ¿Quieres verme, como un toro bravo, embestir ciegamente contra ese trozo de franela que agita la mujer del doctor? ¿Esperas, pues, hacerte una capa con su batín de color amaranto y aguardar detrás de ese burladero para acabar conmigo de algunas estocadas?

Hubieras necesitado utilizar, querido, un color más excitante, un venablo más ponzoñoso, un veneno más letal que la saliva de la esposa del doctor de la calle Wilcza. Hubieras debido poner en mi camino a una dama más inteligente, más seductora, un señuelo que provocase un verdadero deseo de cornearlo. Subestimás un poco mi sensibilidad al ponerme delante de las narices a esa muñeca rellena de estopa. Con la mejor voluntad del mundo, el viejo toro cansado que yo soy no puede más que bajar la cabeza y lanzar —entre las banderillas erizadas en su carne— una mirada amenazadora con su ojo ensangrentado. Así, pues, me falta ese fuego sagrado, ese ciego y demencial encarnizamiento que me hubiesen, según tú, incitado a lanzar un ataque en toda regla. Tú has querido de antemano fijar mi itinerario y has procurado tapan todas las salidas de emergencia para dejarme solo, en medio de la arena. Desde el principio me has desanimado a participar en ese juego, pues tú has seleccionado al público, dispuesto la acústica del lugar y subrayado lo que esperabas de mí. Pero ¿qué dirías si yo fuese un toro diferente a los otros —un toro sin casta, sin honor ni ambición—, si soslayando la impaciencia del público, le volviese la espalda a la esposa del doctor para

revolverme contra tí, con el rabo altivamente enhiesto? No para derribarte, noble torero; sino para llevarte sobre mi espalda (perdóname si es pura megalomanía) lejos de la arena, de sus leyes y códigos.

Lo diré claramente: yo no creo en el código sagrado de las plazas y los fórums; no es un código que yo respete ni al que le otorgue mucho crédito. En cambio, sé que a ti te fascina, hasta el punto de que has llenado sus márgenes con las más espléndidas glosas y comentarios; ¡extraña, esa verdadera idolatría que se eleva sobre el objeto de su culto y obliga al adorador a efectuar tales piruetas y brincos de pura ironía!

Estarás, pues, de acuerdo, querido Witold, en dejar para más tarde esta curiosa tauromaquia; abandonemos sobre la arena el maniquí reventado, dejemos atrás —lejos de nosotros— el rumor del público decepcionado, dirijámonos tranquilamente, con un paso relajado, hombro con hombro —toro y torero— hacia la salida y la libertad: no esperemos a franquear el último perímetro del teatro para sumirnos en las delicias de una íntima conversación.

¡Vamos, qué paradoja! ¡Tú, el defensor de los fórums y de su formidable acústica! ¡Qué vale entonces ese ruido amplificado por el eco, qué verdades y qué argumentos pueden expresarse, cómo explicar esa llamada irresistible capaz de romper nuestros corazones y nuestras convicciones? ¡Cuál es esa parte de nosotros mismos que se precipita a su encuentro, dispuesta a afirmar y a dar aquiescencia sin reserva, cuando otra voz interior nos advierte que estamos en un error? ¡Adoras tú y respetas el humor popular, la risa del gentío, la broma que desconcierta al adversario sin permitirle enunciar sus razones y sus argumentos, la que lo expone a la burla general y le hace caer el arma de las manos, sin ni siquiera permitirle cruzar la espada? ¡Éso que te seduce es ver que el efecto es inmediato, es constatar la solidaridad directa, prelógica, de todas las mujeres de médicos de la calle Wilcza, ver aplaudir todos esos

elementos vulgares, primitivos, ordinarios? Y aún más, en el fondo de tu corazón ves nacer con asombro una afirmación y una solidaridad involuntarias pero que, al final, te es algo hostil y extraño. Así, pues, sabrás que lo te parece una fuerza formidable, trascendiendo al individuo, sólo es realmente una debilidad de tu propia naturaleza. Es el espíritu de la gente el que nos acepta a nosotros, querido Witold, el rumor de la gente que nos asusta y que ha echado raíces en nosotros ahoga la voz de la razón y nos hace levantar las manos, a pesar nuestro, en un gesto insensato de aclamación. Son reflejos del rebaño que oscurecen en nosotros la claridad de juicio, introduciendo métodos de razonamiento arcaicos y bárbaros, todo el arsenal de una lógica atávica y caduca. Ese es el humor que la muchedumbre despier-ta en ti, seguro de que lo verás levantarse en tu corazón, oscuro e inarticulado, como el oso que se alza sobre sus patas al oír el silbido del gitano.

¡La mujer del doctor de la calle Wilcza! ¿Intentarás, pues, borrar mis cartas, sembrar la inquietud en mi corazón dándome por antagonista a la representante de un gremio bien establecido, solidario, poderoso, trazando los límites de la partida a jugar cerca del frente combatiente del otro sexo? ¿Quieres, en tu perversidad, empujarme hacia esas peligrosas zonas fronterizas, a ese terreno pantanoso que te resulta tan familiar, para ver cómo se descompone la brújula de mis sentimientos, invertir, en una curiosa ambivalencia, el polo de los valores morales, hasta que el odio y el amor pierdan su significación primera entre una indescriptible confusión? No, no, querido Witold, hace mucho tiempo que yo me he apartado de todo eso. Ahora soy capaz de evitar ese desastroso embrollo, de separar y delimitar los diversos elementos. Sin duda alguna, admito y reconozco sinceramente que la mujer del doctor tiene unas bellas piernas, pero me esfuerzo por mantener ese hecho en el dominio que le es propio. Yo quiero dejar claro que el homenaje debido a las piernas de esa dama no invada

desconsideradamente un terreno que le es perfectamente extraño. Y toda la lealtad de este homenaje no me impide alimentar, en el plano intelectual, un franco desprecio por esa mentalidad de burguesa limitada, por esos argumentos-cliché, por ese estado de espíritu que me es tan hostil como ajeno. Y bien, sí, ¿por qué no confesarlo? Odio a la mujer del doctor de la calle Wilcza. Es un ser desprovisto de toda sustancia, una mujer de médico en su forma más pura y más destilada —qué digo—, el modelo mismo de una mujer de médico y de una esposa, simplemente... Dicho esto, y ya en un plano diferente, reconozco que me es difícil resistir al encanto de sus piernas.

Sin duda, esa perpetua ambivalencia que hace de mí una especie de Jano bifronte capaz de considerar a la vez a la mujer del doctor desde el punto de vista de sus piernas y de su intelecto, podría intrigar y hacer reflexionar; casi podríamos intentar elaborar fórmulas generales, abrir vastas perspectivas metafísicas. Me parece que aquí tocamos con el dedo una de las antinomias fundamentales del alma humana, que nos enfrentamos a uno de los nudos metafísicos de la existencia.

No me gustan mucho las simplificaciones, pero mientras que la psicología no haya elucidado esa cuestión, yo propongo que nos atengamos a la explicación siguiente: nuestra sexualidad, con el aura ideológica que la rodea, pertenece a una etapa de evolución distinta a la de nuestro intelecto. De manera general, creo que nuestro psiquismo no constituye un bloque uniforme, que el grado de evolución de cada zona es variable: las antinomias y contradicciones del espíritu humano se explican, pues, por la coexistencia y la interpenetración de sistemas múltiples. Esa es también la razón por la cual nuestro pensamiento puede seguir caminos tan divergentes.

Me he metido, deliberadamente, en el terreno de la sexualidad porque la vida nos ha acostumbrado desde hace tiempo a aislarla, a tratar su problemática en un rincón apartado. Bajo

este ángulo, se hace evidente que nuestro psiquismo comprende capas diferentes. Pero no estamos completamente convencidos de eso cuando se trata de principios morales, de valores biológicos y sociales; aquí, soy consciente de haber entrado en lo que tú consideras como tu feudo. Conozco tu susceptibilidad particular en este punto, tu angustia patológica (y por tanto creadora). Es la zona neurálgica en que tu sensibilidad alcanza su paroxismo, es una especie de talón de Aquiles que te irrita y cripa, como si de ese talón quisiese surgir un nuevo órgano, una mano suplementaria, más prensil que las otras. Intentemos delimitar, aislar ese lugar doloroso y sensible, intentemos localizarlo quirúrgicamente, aunque se propague y ramifique en todas las direcciones. Me parece que lo que te angustia y deja desamparado es la existencia de un código de valores tácito, una especie de mafia anónima, un *consensus omnium* que escapa a todo control. Más allá de los valores que nosotros reconocemos y aceptamos se oculta una especie de conspiración oficiosa más fuerte, como un sistema clandestino, inaprensible, cínico y amoral, irracional y burlón. Ese sistema (pues encierra todas las características de un sistema consecuente) sanciona la infidelidad de una mujer perversa, establece jerarquías paradójicas, confiriéndole una fuerza aplastante a las bromas más burdas y arrancándonos una risa solidaria contra nuestra voluntad y sin darnos cuenta. Ese sistema inaprensible, imposible de localizar, inmiscuyéndose en la misma trama de nuestros valores y declinando toda responsabilidad, se escurre literalmente entre los dedos de aquel que quisiera agarrarse a él y fijarlo —no tiene nada de solemne ni serio, pero posee un arma poderosa y mortífera: la del ridículo—; es un fenómeno inquietante e insólito. No sé si existe alguien que pueda escapar a su fascinación. Reconozco que tú nos has prestado un gran servicio al focalizar sobre ese problema nuestra atención y sensibilidad. Si no me equivoco, tú eres el primero en haber olfateado al dragón en sus innumerables escondrijos y en tenerlo al alcance de la

mano. Quisiera poder concederte –desde hoy– la palma del héroe destinado a matar el monstruo. Pues considero ese sistema anónimo como un mal que hay que vencer. Es por lo que todas esas misas rezadas comienzan a inquietarme. Esos rumores que no acaban, esos comentarios interminables, toda esa política ambigua y embrollada. ¡Por el amor de Dios, reflexiona! ¡Despójate de la venda que te ciega! ¡Aprende a distinguir al aliado del enemigo! Tú, el predestinado a matar al dragón, al que la naturaleza ha provisto de poderosos instrumentos de muerte; tú, cuyo olfato extraordinario es capaz de acorrallar al anemigo en sus guaridas más secretas –¡agárralo finalmente entre tus colmillos, golpéale en plenas fauces, muérdele, asfíxialo y córtale la garganta con dos grandes chasquidos de mandíbula!

No, Witold, yo creo en ti. Tú quieres solamente fascinarla como un mago, atraerla con adulaciones, hipnotizarla e inmovilizarla en una pose de eterno ídolo: una pose que tú mismo le sugieres. Pues sí, estoy dispuesto a secundarte. ¡Instalemos en un trono a la mujer del doctor de la calle Wilcza! ¡Hosanna, hosanna, postrémonos ante ella! Que se infatue, que abombe su vientre blanco, que se dilate de orgullo ese eterno ídolo, objeto de todas nuestras nostalgias, hosanna, hosanna, hosanna...

Aprovechando que está sentada ahí, embriagada por su éxito, desbordando literalmente de embriaguez, con sus ojos de azur que nos miran fijamente sin vernos, analicemos su figura, examinemos sus rasgos, arrojemos una sonda al fondo de ese rostro impenetrable.

Dices que es el rostro mismo de la vida. Dices que no somos los únicos –nosotros que somos más sabios y mejores– en tener derecho a reírnos de la mujer del doctor. Le concedes a ella el mismo derecho, el de burlarse, despreciarnos y reírse de nosotros. Al defender todo lo que es inferior, te conviertes en enemigo de lo que es superior. Te esfuerzas por comprometer

nuestras iniciativas poniéndonos ante los ojos el tosco y robusto cuerpo de esa dama, y te declaras solidario con su estúpido cotilleo. Afirmas defender en su persona la vitalidad, y la biología, contra la abstracción y la especie de desarraigo que nos alejan de la vida. Si se trata de biología, querido Witold, yo sólo veo ahí la fuerza de la inercia, y si es de vitalidad de lo que se trata, no puede ser más que su masa pesada e inerte.

Pero la vanguardia de la biología es el pensamiento, la experiencia, la invención creadora. Somos nosotros quienes representamos la biología combatiente, triunfante: nosotros somos la auténtica vitalidad.

No te rías. Sé lo que piensas, sé que no tienes una idea muy alta de nuestra vida. Y eso es lo que me hace daño. La comparas con la de la mujer del doctor, y esa vida te parece más real, más sólidamente enraizada en la tierra; nuestra vida —la nuestra, pretendes—, es construir en las nubes, estar abandonados por completo a la quimera, sufrir una presión colosal de muchas atmósferas para poder destilar obras que —prácticamente— no son útiles para nadie. ¡El tedio, Witold, el tedio salvador! Es nuestra noble ascesis, nuestra exigencia, que no nos permite participar en los festines de la vida, es la incorruptibilidad de nuestro gusto, de nuestro paladar consagrado a la degustación de metas nuevas y desconocidas.

A modo de conclusión, permíteme decirte en dos palabras que me gustaría verte ocupando tu verdadero lugar, tu verdadero puesto. Tienes la envergadura de un gran humanista, tu patológica sensibilidad para las antinomias no es más que la nostalgia de lo universal, el deseo de humanizar conceptos *infrahumanos*, de expropiar las ideologías particulares para anexarlas al vasto territorio de la unidad. Ignoro por qué caminos llevarás a cabo esa tarea; sin embargo, me parece que eso es lo que le confiere un sentido a tus iniciativas, y las legítima; aunque hasta aquí no hayas hecho más que ojear la

presa obligándola a salir de sus madrigueras semi humanas para exponerla directamente a la escopeta del cazador. Con toda mi amistad.

Tu
Bruno Schulz

Witold Gombrowicz a Bruno Schulz

¡Bruno, soñadora criatura, aunque no seas el único en soñar! Debo confesarte que no he tenido, en modo alguno, intención de publicar en el mismo número de “Studio” nuestra correspondencia cruzada. Sin embargo, cuando Bogusław me dio a leer tu carta, comprendí al momento que nuestros lectores deberían conocer una respuesta inmediata. Efectivamente: has invertido los papeles; soslayaste la malintencionada acusación de la mujer del doctor y, después, acusándome a mí, me has puesto en una situación extremadamente incómoda, a un paso del ridículo más espantoso. Pero tu imaginación te jugó una mala pasada. Me has otorgado un lugar demasiado privilegiado y alto en tu pensamiento. Me parece que en tus dictérios te has olvidado de mis tías, aunque las mismas se hubiesen sorprendido enormemente al oír que su sobrino –Wicio– tiene aptitudes para llegar a ser un gran humanista y que de su talón nace un órgano nuevo. Me apostaría tres centavos a que las pobres damiselas se creerían que nos damos autobombo. Discúlpame, mi san Bruno, por el pensamiento de esas damas, tan obstinadamente escépticas cuando se trata de sus propios sobrinos. Tu postura es demasiado audaz, demasiado orgullosa, te has subido a la parra; me das a entender que nunca has tenido una tía: ¿se trata, en tu opinión, de olvidarnos de ellas, de proceder como si no existiesen en nuestro mundo esas criaturas que conservan en su memoria la imagen de nuestros pantalones cortos?

Curiosamente, la altiva superioridad provoca –como una ley de reacción– a la insolente y malévola inferioridad. ¿Acaso me acusas de que yo formo parte de reacciones tan demoledoras? En efecto, así es, tienes razón, desearía introducir en vuestras altas miras conceptos tales como tía, pantorrilla, pierna, pantalones cortos y otros semejantes e, igualmente, comprometedores, descalificadores, inmaduros, burlones, mezquinos –cualesquiera–, ambiguos e incompletos, que tú denominas *infrahumanos* y que, sin embargo, a mi me parecen *archihumanos*. ¿Desearía confrontar al mismo Goethe con su tía, y con su pantorrilla; desearía –sirviéndome de la pantorrilla–, destruir vuestra faz de escritores! ¿Y por qué, te preguntarás, puedo tener inclinaciones tan inmaduras? ¿Por qué en vez de sentirme todo un Escritor, me siento más un mocoso y un sobrino de mis tías, por qué aprecio más mi pierna que mi alma y en mi trabajo creativo siempre tengo en cuenta mis pantalones cortos? No sé como lo hacéis vosotros, pero yo personalmente estoy muy lejos de esa tranquilidad con la que celebráis el oficio en el altar del Arte, rindiendo homenaje a la Belleza, al Bien, a la Verdad y otros ideales.

¿Pues, por la santísima Virgen, no os parece que tal sacerdocio resulta ambiguo y dudoso? Y aún más, puesto que la desnudez de un celebrante vendría a ser como una irrisión de sus ropas pontificales, y, teniendo en cuenta que cada oficio ha de celebrarse debidamente, cualquier desnudez sería aquí inimaginable. Porque, incluso, los propios miembros de ese cuerpo están –infame y escandalosamente– en total desacuerdo, y, como ya dije, la pantorrilla (si me limito a ese ejemplo) se da de bofetadas con la sutil cara, mientras que ésta desprecia y desdeña a la despreciable pantorrilla. Y aún peor, igualmente los componentes del mismo espíritu, desiguales (como acertadamente mencionas) en su desarrollo, alimentan el desacuerdo entre sí y se enconan heterogéneamente. Y aún más, ¿no os parece que la vida privada de un escritor está desacreditando a cada

momento su vida pública? ¿Y las mezquindades aún sin resolver no manchan quizá su grandeza? ¿Acaso las capas bajas de la sociedad no se burlan de las altas, convencidas aquéllas de que todo lo que tiene lugar ahí arriba es una broma, una farsa, un *bluff* y autoengaño? ¿Y vuestro pasado, no arroja tal vez una sombra poco favorable sobre el presente? ¿Por qué caminos habéis llegado a esa madurez de la que estáis tan orgullosos? No acabo de entenderlo: al miraros me parece que nunca fuisteis mocosos —y que incluso ni lo sois actualmente— pues no teneis pantorrillas, ni nodrizas, ni tías; lo único que os preocupa es la Suerte del Hombre, el Amor, la Muerte, el Destino de la Humanidad y otros similares problemas horizontales ¿Qué clase de farsa es ésta?

¿No te parece, Bruno, que eres demasiado impaciente? Pues te veo muy inquieto por llegar a lo más alto, con mucha prisa por llegar lejos, y en esa vertiginosa carrera has perdido tus pantorrillas por el camino. Por eso te irrita que tu avisado amigo te ataque las pantorrillas. No hay forma de superar esa banal cuestión de las pantorras ni en el aspecto literario ni en la actual forma de vida pública; sólo recurriendo al desprecio o la ignorancia podemos salir airosos. El proceso de sublimación ocurre muy fácilmente y no es caro. Enseguida pretendemos ascender las cumbres más elevadas, desde las alturas de nuestro ser nos desahogamos en el arte mientras que el espacio real y verdadero de nuestra existencia sigue reclamando la palabra. Todo eso se debe a que —entre los escritores—, se sube el listón, uno incita al otro a mayores alturas, a una madurez más acabada, a una nota más alta, más sublime, que pueda llegar directamente al corazón y el alma; hasta que, finalmente, cualquiera que se atreva a mencionar las pantorrillas de un escritor peca de insolencia. ¡He descubierto tu juego! Al no saber expresar tu opinión sobre aquel banal y anodino incidente con la mujer del doctor —a la que utilicé para que te mordiese en las pantorrillas—,

tu te serviste del halago, me realizaste con la esperanza de que una vez conseguido tu objetivo, yo acabaría por dejar de humillarte. Llegaste a creer que yo, embriagado por tus adulaciones, me vestiría también los ropajes pontificiales y entraría a discutir contigo sobre “el sublime ascetismo” y el “estilo inefable”. ¡Pues, no, no; vamos, mujer del doctor, vamos, agárralo, atrápallo, muérdele en las pantorrillas, en las pantorrillas! Mientras no precises tu punto de vista sobre estas urgentes cuestiones, no hay lugar para tu sublime ascetismo.

Mi querido Bruno, no ignoro que —actualmente—, hacer referencia a la pantorrilla lleva a pensar en las teorías de Freud, y nada más. Evidentemente, para mí la pantorrilla no se asocia con Freud y quien así lo pensase estaría muy equivocado. ¿No te has dado cuenta de que tu carta deja traslucir un tono “poco serio”? Y esa es la mejor prueba de que en tu fuero interno sientes que esa dialéctica te supera. Para decir toda la verdad, Bruno, esa es la voz de tu turbia conciencia. También es cierto que mi carta no se salva de esa misma falacia. ¡Qué difícil debe ser estar a la altura de las circunstancias! En cualquiera de ellas, nos sentimos como peces fuera del agua. Así, pues, creo que lo más adecuado sería nadar entre dos aguas. Pero, una vez llegado a esta conclusión, ya no veo razones para seguir argumentando sobre esto y darle más carnaza a Bogusław, por muy interesante que pueda parecer. Beso tu frente, tuyo

Witold Gombrowicz



Ilustración para el relato *EL LIBRO*, circa 1933

índice

La república de los sueños	7
El cometa	15
La tierra mítica	37
Otoño	45
La primavera	55
Entrevista con Bruno Schulz	61
Bruno Schulz a S. I. Witkiewicz	65
Carta abierta a Bruno Schulz	75
Carta a Witold Gombrowicz	79
Witold Gombrowicz a Bruno Schulz	87



La República de los Sueños reúne una serie de textos -la mayoría inéditos en español- de varia procedencia. Algunos son fragmentos aparecidos en revistas literarias de la época, que Schulz no llegó a incluir en sus obras, y, otros -como las cartas cruzadas con Gombrowicz y Witkiewicz-, proceden de un corpus epistolar más completo, que aquí se ofrecen como un anticipo de la *Correspondencia* de Bruno Schulz que MALDOROR ediciones publicará en breve.

En estos textos, una vez más, se nos desvela la turbadora prosa de un escritor único que provoca adicción.